

La Inoportuna
MUERTE DEL PRESIDENTE



ALFREDO ACLE TOMASINI

La inoportuna muerte del presidente

La inoportuna muerte del presidente

Alfredo Acle Tomasini

La inoportuna muerte del presidente

La inoportuna muerte del presidente

Primera edición: marzo, 2011

Segunda edición: septiembre, 2014

D.R. © Copyright 2011 Alfredo Acle Tomasini

Diseño de la portada Alfredo Acle Aguirre

Comentarios sobre esta obra pueden dirigirse a:

www.acletomasini.com.mx

www.acletomasini.wordpress.com

alfredo@acletomasini.com.mx

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos en la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN-13: 978-1500968014

ISBN-10: 1500968013

La inoportuna muerte del presidente puede adquirirse en Amazon en su versión electrónica o en papel.

La inoportuna muerte del presidente

A Patricia

La inoportuna muerte del presidente

*Un traidor es un hombre que dejó
su partido para inscribirse en otro.
Un convertido es un traidor que abandonó
su partido para inscribirse en el nuestro.*

Georges Benjamin Clemenceau (1841-1929)

*Hay puñales en las sonrisas de los hombres;
cuanto más cercanos son, más sangrientos.*

William Shakespeare (1564-1616)

Capítulo I

Las cortinas impedían la entrada del sol matutino. Aun así, los tenues rayos del amanecer decembrino podían filtrarse por debajo de la puerta y arrastrarse por el piso.

Penumbra que creaba una sensación ambigua; amanecía, pero nadie de los que ahí estaban quería que eso sucediera.

Sin que entre ellos hubiera mediado palabra, estaba claro su tácito acuerdo para mantener todo entre sombras, como si esa obscuridad artificial les permitiera abrir un paréntesis en el tiempo.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó el secretario particular con un dejo de rabia.

A juzgar por la tonalidad de sus músculos, por lo menos hace seis horas —contestó el mayor Sergio Peralta, su médico de cabecera durante los últimos dos años y medio.

El gesto adusto de Axkaná Guzmán hizo evidente su molestia por esa respuesta lacónica, tan común en el lenguaje telegráfico y casi monosilábico de los militares: “sí señor, no señor, positivo, negativo, correcto, incorrecto”.

Bueno, entre seis y ocho —agregó el militar, buscando conectar con su interlocutor.

Éste lo veía fijamente pero su mirada desconcertaba al médico, no entendía si era coraje o dolor lo que reflejaba, por lo que pensó que en esas circunstancias lo mejor era mostrarse empático. Más aún, porque sabía que la relación entre ellos, por razones que desconocía, nunca había pasado de cubrir las mínimas formalidades de la cortesía.

No parece que haya sufrido —añadió en tono de consuelo—. Sólo le dejó de funcionar el corazón mientras dormía. Fue un paro

cardiaco. Si observa, la posición de su cuerpo, de sus brazos y su gesto, no revelan que haya habido dolor. La ropa de cama está ordenada y no da la impresión que haya intentado levantarse o que hubiera fallecido después de estar agitado. Le examine la boca y no vi indicios de vómito.

§§§§

Aun encorvado, ese cuerpo inmenso y voluminoso, se hundía y llenaba toda la cama. Axkaná se preguntaba cómo, cuando aún vivía la esposa del presidente, pudieron ambos ocupar el mismo lecho. Recordó lo pequeña que era ella y cómo quienes por vez primera conocían a la pareja, como a él mismo le sucedió, quedaban sorprendidos por lo contrastante de sus tallas, lo que en el ambiente político sirvió de abono para que más de uno inventara cualquier cantidad de supuestas anécdotas y chistes, algunos de las cuales eran en extremo vulgares.

Le pareció curioso que en esa postura hubiera muerto; doblado hacia delante, como un feto que espera el soplo de vida, así le había sorprendido la muerte. Se preguntaba qué lo llevaría a juntar las rodillas casi con la barba, como si en la agonía, la mente, de repente, recordara el trauma de nacer; momentos extremos de la vida, donde quizá aflora la misma angustia por regresar a la protección del útero materno.

Sentía sobre sus hombros la presión de los demás que estaban con él en la habitación. No decían palabra, pero sabía que su silencio era una forma de hacerle notar que estaban a la espera de que él, como su secretario particular, diera el primer paso y dijera qué hacer. Lo que destaparía todo y crearía un torrente imparable de eventos tan imprevisibles como lo que ahí había ocurrido.

Fugándose por un momento y con la intención de meditar sobre cómo debería actuar, Axkaná se dio a la tarea de revisar con la mirada cada rincón de esa habitación a la que, pese a la total confianza que siempre le había externado el presidente, nunca le permitió la entrada, no obstante que algunas circunstancias lo hubieran hecho necesario, como cuando el mandatario tuvo que convalecer de una aguda gastroenteritis que lo debilitó de manera sensible. Pero en esa ocasión, él prefirió vestirse y caminar con dificultad hasta su despacho privado, antes que dejarse ver enfermo, en pijama y acostado en su cama.

Axkaná oteaba a su alrededor y encontraba extraño que al mirar los objetos personales del presidente la muerte parecía también haberlos alcanzado, como si ellos alguna vez hubieran tenido vida y ésta se hubiera desvanecido con el último aliento de su dueño.

Aun así, mudos, lo describían.

Observó con detenimiento cómo sus pantuflas estaban juntas, bien alineadas y colocadas justo en el extremo superior derecho del tapete de pie de cama.

Todo lo que estaba sobre su mesa de trabajo se encontraba acomodado prolijamente. En el lado opuesto al sillón, sus papeles y documentos de trabajo estaban clasificados por temas y formaban una hilera que recorría al mueble de extremo a extremo hasta topar con una computadora de escritorio de modelo reciente pero que casi no utilizaba, porque prefería la movilidad de su lap top. Ésta, colocada en el centro, resaltaba por el azul claro de su tapa sobre la cual descansaba un minúsculo *USB* encadenado a un llavero con el obvio objetivo de evitar su extravío. A la derecha había un celular dentro de su cargador, un tarro de cerveza lleno de lápices, plumas y marcadores amarillos, y a la izquierda descansaba su viejo y desgastado portafolio de piel.

Esa obsesión por el orden le llamó la atención desde que lo conoció veinte años atrás; todos los objetos que tenía en su escritorio, en las mesas laterales y en los libreros de su despacho siempre los colocaba en un lugar y con una orientación que nunca variaba.

En una pequeña mesa de noche que flanqueaba la cama en su lado derecho estaban: una taza con residuos de té de canela, una tira de aspirinas a medio usar, su inseparable pastillero de plata, un envase con la etiqueta en inglés que contenía grageas de glucosamina, y que daba la impresión de apenas haber sido abierto, a juzgar por los restos de su empaque que ahí se encontraban.

Sobre el buró sólo había un reloj despertador con la alarma puesta para sonar a las 5.30 de la mañana, que evidentemente no escuchó, y más de diez libros apilados de los cuales asomaban varios separadores de páginas con las formas más variadas, que a fuerza de recibirlos como regalos frecuentes lo convirtieron en involuntario coleccionista.

Bastó que una vez comentara entre sus colaboradores más próximos que añoraba los listones que se usaban para separar las páginas en los libros religiosos, para que de ahí en adelante en cada cumpleaños, en Navidad, o como recuerdo de algún viaje, recibiera por lo menos uno de regalo. Más aún, porque su austeridad característica no daba muchas opciones al momento de pensar en obsequiarle algo.

Los libros estaban apilados según su dimensión; abajo los más anchos y arriba los de menor tamaño. Pero todos con el lomo del mismo lado. Varios de ellos tenían más de un separador entre sus páginas, lo que de un vistazo revelaba la forma como le gustaba adentrarse en una época, leyendo de manera simultánea ensayos históricos, novelas, relatos de batallas o de juicios famosos y biografías de los personajes que fueron relevantes, aunque éstos

podieran pertenecer a ámbitos tan diferentes de la política como la arquitectura, la pintura o la música.

Hablar de historia lo apasionaba y más cuando lo hacía con quienes les tenía afecto, porque quería transmitir la emoción que él sentía alrededor de un hecho histórico o de algún personaje. Esto hizo recordar a Axkaná un consejo que el presidente solía darle sin importarle cuántas veces se lo hubiera dicho antes.

—Para comprender un hecho histórico o entender una situación política empiece por desconfiar de lo que parezca evidente. De lo contrario su mente quedará atrapada en una caja. Mire en todas direcciones. Así, podrá amarrar los cabos, que además de estar sueltos, es probable que sean los menos obvios. La historia está llena de ejemplos donde lo que era evidente sólo sirvió para ocultar la verdad.

A Axkaná le pareció curioso que en esos momentos se acordara de esa recomendación, cuando justo la aparente obviedad de lo que acontecía a su alrededor lo empezaba a incomodar.

§§§§

Volvió a dirigirse al doctor Peralta:

—¿Dice usted que murió hace seis u ocho horas?

—Afirmativo —respondió marcialmente.

Axkaná hizo una mueca, otra vez contrariado por lo breve de la respuesta. Esto lo obligó a deliberar en voz alta, mientras caminaba a través de la habitación con la intención de sacar del médico militar una explicación más amplia y precisa.

—O sea, que si el ordenanza advirtió que estaba muerto al venir a despertarlo a las 5.45 a.m. ¿sería probable que hubiera fallecido ayer y no hoy? Yo conozco que se fue temprano a la cama; como a las 9.30 pm, porque me llamó a mi oficina para darme algunas

indicaciones sobre la agenda del día de hoy. Me dijo que se sentía muy cansado, con un poco de fiebre y que le dolían los huesos, por lo que prefería meterse a la cama temprano para sudar la calentura con un par de aspirinas y un té de canela bien caliente, lo que, como usted sabe mejor que yo, solía ser su remedio preferido cuando estaba por darle gripe.

—Es cierto, a él no le gustaban los antigripales, prefería dejar que la gripa fluyera —agregó el doctor Peralta con una leve sonrisa, como si recordara algo que a él le parecía un rasgo simpático del presidente.

Pero, el tono de la voz del militar se tornó serio cuando abordó la cuestión de la hora de la muerte. Incluso empezó su comentario tartamudeando lo que delataba su preocupación respecto a la forma como se tomarían sus palabras y por tener que decirlas en una situación tan complicada, rodeado de personas con las que, hasta ese momento, había tenido escaso trato.

—En efecto, el *rigor mortis* nos indica que la muerte pudo ocurrir más cerca de la media noche que de las 5.45 cuando lo intentaron de despertar. Pero para establecer la hora precisa del deceso se necesitaría practicar una autopsia clínica, lo que tomaría por lo menos cuatro horas, con la salvedad de que estaría incompleta si no se hacen varias pruebas de laboratorio cuyos resultados tardarían mucho más que eso, incluso días. Además de que, por haber sido una muerte natural, se requeriría del consentimiento de la señora Sofía.

Hasta ese momento ella había permanecido casi inmóvil con la mirada extraviada en el rostro de su padre, al que le había retirado la sabana que lo cubría tan pronto entró en la habitación, para después abrazarlo entre sollozos apenas audibles. Esto hizo que el doctor Peralta le acercara una silla al costado de la cama, donde había permanecido sentada mientras mantenía asidas sus manos a las de su papá.

La relación entre ellos era una montaña rusa; períodos de gran euforia durante los cuales mantenían un estrecho y frecuente contacto —al punto que el intenso tráfico de llamadas y mensajes entre los celulares de ambos podría hacer pensar que se trataba de un affaire amoroso—, se alternaban con lapsos largos de distanciamiento durante los cuales no se hablaban, ni se escribían, y que por lo regular se iniciaban después de acaloradas discusiones en las que terminaban por revivir viejos agravios – reales o así percibidos por algunas de las partes.

Pero ahora, cuando estaban en la parte más baja de un período de alejamiento, el silencio entre ambos sería para siempre. Por eso ella se preguntaba con remordimiento por qué no había dado el primer paso para restablecer la relación. En esa madrugada le parecían estériles las semanas de silencio que apenas ayer consideraba como una actitud que justificaba el coraje y la frustración que en ella despertó lo que él había hecho. Rabia que irónicamente sólo existió mientras vivió su padre.

La conclusión de este absurdo la sumió en una profunda tristeza.

§§§§

Tan pronto llegó a Los Pinos esa mañana, Axkaná se dirigió a la pequeña casa donde la hija del presidente vivía desde su divorcio.

Pese a que no era de su interés regresar a México, su padre la convenció de que al menos lo hiciera durante una temporada, para lo cual le habilitó como casa, unas oficinas que estaban en la parte trasera de la residencia oficial y que alguna vez habían tenido ese propósito.

Vivir lejos del mundo de su padre la relajaba. Nunca le había gustado el ambiente político porque lo consideraba plagado de personajes falsos y donde la amistad no pasaba de ser un gesto hueco

que, en más de las veces, se establecía con base en el interés que representaba la relación con una persona en un momento y circunstancias determinadas.

Durante la carrera política de su padre vio como los amigos iban y venían según éste se encontrara en un momento exitoso o en una etapa difícil, lo que también le había permitido conocer a individuos que en aras de trepar eran capaces de mostrar el servilismo más degradante, al extremo de ofrecer el trasero de sus esposas e hijas, pero que tan pronto recibían algunas gotas de la vitamina del poder, su memoria se acortaba y con rapidez se olvidaban de quiénes algún día les habían ayudado, a la vez que cambiaban la humildad rastrera por una actitud prepotente y déspota.

Sofía era una mujer dura, lo que aunado a su atractivo físico le daba un aire de belleza gélida. No era provocativa en un sentido erótico. Pero su forma de vestir resultaba elegante aun sin usar ropa de marca o comprarla en las boutiques de moda. Sus facciones delgadas y lo grande de sus ojos recordaban a las mujeres de los años veinte, mientras que su cabello lacio y algo canoso, creaban un conjunto que llamaba la atención.

Pese a la cercanía afectiva que tenía con su padre se habían visto poco durante los últimos quince años, porque desde que hizo su doctorado en lingüística permaneció en Irlanda donde se casó y residió hasta su divorcio.

Las relaciones entre ella y Axkaná eran cordiales y de vez en cuando llegaban a intercambiar bromas que demostraban cierta familiaridad. A él, ella le gustaba y cuando supo de su separación empezó a fantasear con la idea de pretenderla, aunque en el fondo sabía que, al menos mientras su padre fuera presidente, ésta no sería una opción dado el conflicto de intereses que provocaría que su hija tuviera una relación con su secretario particular. Así, que prefirió no pasar del secreto disfrute de una fantasía; al menos por un tiempo.

La esperó en la sala de su casa. Ella bajó con el rostro serio envuelta en una bata.

—¿Qué pasa? —le preguntó al tiempo que lo invitó con un gesto a tomar asiento.

Le explicó sin rodeos lo mismo que él sabía en ese momento.

Ella se limitó a oírlo sin mostrar ninguna emoción.

Axkaná se percató de que, como su padre, ella también había aprendido a controlar sus sentimientos, aunque sabía que en ocasiones su carácter era explosivo. No hizo comentario, ni pidió información adicional. Sólo le pregunto si podía verlo.

—Desde luego —contestó—, si quieres te espero mientras te vistes para acompañarte y que no camines sola, todavía está un poco oscuro.

—No, adelántate, seguro que tú tienes muchas cosas que atender. Se te viene dura.

Ella lo acompañó a la puerta y por unos instantes lo abrazó con suavidad, dejando caer la cabeza en su hombro.

Cuando se separaron Axkaná pensó que quizá ella había llorado. Pero sus ojos seguían estando secos.

—Gracias, ahora voy —Le dio un beso en la mejilla y se despidió.

Él casi cerraba la puerta, cuando se volvió sobre sus pasos. La encontró apenas al pie de la escalera y le dijo:

—¿Te puedo pedir un favor?

—Sí, lo que quieras.

—No hables con nadie de tu familia todavía, ni tampoco con ninguna amiga. Tú sabes lo que ocurrirá tan pronto esto se sepa, por lo que antes es necesario pensar con calma, sin perder el sentido de urgencia, la mejor forma de manejarlo.

—No te preocupes. Te entiendo, en estos momentos lo menos importante es la muerte de mi padre... razones de estado —añadió con sarcasmo.

Se dio la vuelta y subió a cambiarse.

§§§§

Cuando el militar terminó su comentario respecto a sus reservas para practicar una autopsia, Sofía le dirigió la mirada a Axkaná, esperando ansiosa su respuesta. Esto lo turbó, y al no estar seguro qué contestar, prefirió escabullirse.

Sí, entiendo —dijo Axkaná en un tono adrede neutral para no manifestar ninguna opinión al respecto.

Volvió a sumirse en sus deliberaciones para decidir lo que debería hacer. Sentía que el tiempo empezaba a pasar de una manera más rápida. Analizaba sus opciones y sopesaba las implicaciones de cada una. Esto hizo que empezara a pensar en personas específicas a quienes debería llamar, y por ello valoraba, uno a uno, los pros y contras de compartir la noticia con cada una. De aquí en adelante no podría actuar solo, pero tampoco la noticia del fallecimiento del presidente podía gritarse a los cuatros vientos. Esto implicaba que debía ayudarse de individuos que considerará leales y actuar con discreción extrema.

La voz del general Pascual Guajardo, jefe del Estado Mayor Presidencial, lo sacó con brusquedad de sus reflexiones. Se espabiló con rapidez y se sintió avergonzado al percibir que los demás se habían dado cuenta de que su mente estaba en otra parte.

—Sí, Pascual —dijo tratando de recuperar el control de sí mismo y disimular lo lejos que había estado.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar para decidir lo que vamos a hacer? Ya son casi las 7.15 y muy pronto las actividades rutinarias y la agenda se van a venir encima, y será más difícil evitar que la noticia se difunda.

—¿Quiénes la conocen hasta ahora? —preguntó Axkaná con el ánimo de tener tiempo para aclarar sus pensamientos más que con la intención de enterarse de algo que él ya sabía.

—Hasta ahora sólo lo sabemos los cuatro que estamos aquí, más el cabo que descubrió el cadáver y el coronel Henríquez, subjefe del Estado Mayor que por fortuna se encontraba en Los Pinos cuando pasó todo. Es decir, que hasta este momento, nada más seis personas conocen la muerte del presidente.

—¿Dónde está el cabo? —preguntó Axkaná preocupado.

—Desde que Henríquez me comunicó la noticia por teléfono, le pedí que mantuviera todo en absoluta discreción y que no lo dejara salir de su oficina, ni le quitara la vista de encima.

En ese momento el doctor Peralta frunció el ceño porque tomó plena conciencia de que él también estaba bajo vigilancia. De hecho, le había parecido extraño que a punto de salir a buscar un baño, Guajardo se interpusiera discretamente en su camino y le indicara que mejor usara el de la habitación del mandatario, cuando por experiencia en viajes y reuniones sabía que todo lo presidencial casi se trataba como sagrado. Incluso recordó la vergüenza que pasó durante la primera gira internacional en la que acompañó al presidente, cuando habiendo abordado el avión TP – 01 casi se sienta por error en el asiento de éste, si no es porque una sobrecargo le dio un leve jalón en el brazo y le dijo en voz baja a quién correspondía ese lugar. Por lo que se ruborizó al percibir que el resto de la comitiva había atestado su novatez en los rituales del poder.

—Por suerte, —empezó a decir Axkaná dirigiéndose a Guajardo— la agenda de hoy iniciaba a las 9 am con un acuerdo conmigo, lo curioso es...

Axkaná dejó su comentario a medias, cuando advirtió que él desconocía por completo lo que el presidente le iba a tratar durante su acuerdo.

§§§§

Axkaná estaba en ascuas respecto a ese acuerdo, porque éste lo había programado de manera súbita el propio presidente apenas la noche anterior. No le pidió nada en particular. Sólo le llamó por la red privada poco después de las 9.30 pm y le dijo que apartara las primeras dos horas del día, porque quería desahogar con él algunas cosas que estaban muy atrasadas. Incluso le mencionó un documento que deseaba que leyera pero que se lo quería entregar en propia mano. Por último, le informó que sentía que iba a darle gripe y que ya había pedido un té para irse a acostar temprano. Comentario que le pareció normal porque sabía cuál era su remedio casero favorito tan pronto advertía los síntomas de un resfrío.

Colgó y no meditó sobre la instrucción que le había dado hasta que terminó de hacer las llamadas necesarias para ajustar la agenda y enviarla al Estado Mayor para su distribución. Era tarde y quería irse a su casa de Metepec, lo que significaba recorrer más de 50 kilómetros antes de poder descansar. Pero, apenas apretó con el ratón la tecla “enviar”, se dio cuenta de que, conociéndolo, el tono de la llamada había sido inusualmente vago, además de que su obsesión por el orden dejaba poco espacio a que algo estuviera atrasado. Al menos él, no se acordaba en ese momento de ningún asunto pendiente.

—¿Qué podía ser entonces? —empezó a preguntarse.

Era obvio que a través de la red telefónica presidencial el mandatario no quiso ser más específico. Nunca, y en particular cuando quería tratar asuntos delicados, había confiado en la privacidad de ésta, aunque siempre se aseguraba de darle a su interlocutor alguna pista. Pero en esta ocasión, Axkaná no la encontraba por ninguna parte y lo del documento que le entregaría en propia mano sólo acrecentaba su incertidumbre.

Eso le creó desde que salió de Los Pinos y a lo largo de toda la noche, una sensación de incomodidad e impaciencia que lo mantuvo en vela hasta las 5 de la mañana, tratando de encontrar en vano el hilo de la madeja. Pero apenas una hora más tarde lo llamó Pascual Guajardo para decirle que el presidente había muerto.

—¿Qué ocurrió? —dijo sobreponiéndose al impacto inicial que lo dejó mudo por unos instantes y le aceleró con fuerza los latidos del corazón.

—No sabemos —dijo, Guajardo en un tono que denotaba alteración y apresuramiento ante lo inesperado de las circunstancias —el ordenanza abrió, bueno, antes tocó la puerta, y al no responderle se atrevió a entrar a la habitación porque desde siempre tenía la instrucción de despertarlo en caso de que todavía se encontrara dormido; le habló varias veces e, incluso, lo movió, pero al darse cuenta que no respondía se dirigió de inmediato al coronel Henríquez. Éste, tan pronto confirmó el deceso, se comunicó conmigo. Además me indicó que sus músculos empezaban a mostrar el rigor mortis. Esto ya lo confirmé yo mismo.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Axkaná con impaciencia.

—Tú, yo, Henríquez y, claro, el cabo López que servía de ordenanza.

—Está bien —respiro con alivio— voy para allá. Llama al doctor Peralta, y dile que se le necesita con urgencia en Los Pinos porque el presidente se siente enfermo, pero no le digas nada más aunque trate de averiguarlo. Como vive cerca, lo más probable es que llegue antes de mí. No dejes que abandone la habitación, ni que se comunique con nadie. Asegúrate de que Henríquez vigile al cabo. No quiero que nadie más lo sepa hasta que evaluemos bien la situación.

Casi colgaba cuando oyó en el auricular: —¿Qué hacemos con la señora Sofía? —preguntó Guajardo.

Putra madre, es cierto —respondió con enfado—, yo le avisaré personalmente. Por lo pronto no hagas nada. Ah, se me olvidaba, cierra con llave su despacho y que no entre nadie.

Axkaná se bañó en menos de tres minutos con un agua helada que le caló los huesos y se vistió con rapidez usando, contra su costumbre, el mismo traje y la misma corbata que se había puesto el día anterior. Salió casi a paso veloz, se puso al volante de su automóvil y arrancó a toda velocidad. Esto tomó por sorpresa a sus guardaespaldas que apenas tuvieron tiempo de aventar al piso los vasos de café desechables y engullir de un bocado los bizcochos que tenían en la mano, para tomar su vehículo y salir pitando detrás de él.

Paradójicamente manejar, y no ir de pasajero, le permitía concentrarse cuando más tenso estaba. Como si conducir un vehículo a alta velocidad le hiciera disipar la tensión y aclarar sus ideas.

Así le quedó claro que todas las incógnitas que lo mantuvieron despierto serían ahora más difíciles de resolver, porque estaba muerta la persona que debería aclarárselas. Situación que se complicaba aún más, porque ahora tendría que añadir las interrogantes que la muerte del presidente le empezaba a generar de manera exponencial, en la medida que meditaba sobre ella y sus implicaciones.

Esta incertidumbre lo inducía a una situación inaudita, porque de manera instintiva sentía la necesidad urgente de llamar al presidente para informarle lo que estaba sucediendo y pedirle orientación.

Se percató de lo absurdo de este pensamiento y sintió un agudo escalofrío, porque en ese instante tomó cabal conciencia de la soledad absoluta en la que se encontraba y en la que tendría que enfrentar el momento más difícil de su carrera, sino es que de su vida.

Bajó la velocidad en forma súbita, provocando casi un alcance con el coche escolta que lo seguía.

—Ahora —se dijo— quisiera que todo se moviera más despacio.

Y justo en ese instante le vino a la cabeza la fecha de ese día: primero de diciembre.

Hoy le tenía planeado sin que él lo supiera, porque el presidente era enemigo de agasajos, y sobre todo si eran públicos, un almuerzo con su hija y los más cercanos para celebrar el inicio de su tercer año de gobierno. Axkaná lo disfrazó en la agenda como almuerzo privado y le dijo que Sofía quería comer con él. Para eso se puso de acuerdo con ella, y a quién le gustó la idea porque le serviría de excusa para buscar un acercamiento con su padre dado que su relación pasaba por horas bajas.

—Primer día del tercer año, primer día del tercer año, primer día del tercer año —se repetía a sí mismo y en cada reiteración emergían nuevas piezas de un rompecabezas cuya forma y dimensión final ni siquiera podía imaginar.

Atrás de él, sus guardaespaldas lo seguían confundidos debido a que la lentitud de su marcha contrastaba con la forma como solía conducir cuando en la carretera había poco tráfico.

§§§§

En la penumbra del amanecer su mente retrocedía en el tiempo.

Desde los meses anteriores al día del segundo Informe Presidencial, cuando empezaron a discutir las nuevas políticas públicas que se implantarían, muchas de las cuales se reforzarían con reformas legales que se anunciarían también en ese momento y que se enviarían al Congreso para su discusión, tanto él como otros miembros del círculo cercano del presidente, advirtieron que las cosas se pondrían muy tensas y que se abrirían muchos frentes de

manera simultánea porque implicaban un golpe de timón en el rumbo del gobierno. Pero por su proximidad y por los muchos años de convivir cotidianamente con él, Axkaná se percató, antes que todos, de que el mandatario tramaba algo radical al punto de mover las fronteras dentro de las cuales siempre se había desenvuelto y que lo hacían, para propios y extraños, fácil de predecir. Esta característica le había procurado una imagen pública de confiabilidad para todos los actores políticos, incluidos sus opositores.

El primer indicio ocurrió poco después de su primer informe de gobierno durante las reuniones que, con su equipo más cercano, sostenía las mañanas del primer sábado de cada mes y que por lo regular se dedicaban a valorar los avances y analizar los rezagos en las grandes líneas de su gobierno. En ellas también se revisaban los escenarios que se preveían para los siguientes seis meses tanto en el ámbito interno como en el internacional.

El presidente comenzó por hacer comentarios casuales alrededor de ideas que ponía sobre la mesa sin que estuviera claro porque lo hacía. Algunos, entre ellos el propio Axkaná, pensaron que su intención era crear un debate académico más que pretender un propósito práctico. Sobre todo porque algunas de ellas eran audaces. Pero lo curioso fue ver, que una vez encendida la discusión, él no asumía una posición específica sino que cambiaba constantemente de bando, por lo que nunca quedaba claro si estaba a favor o en contra.

Con el paso de los meses este tipo de discusiones se convirtieron en un proceso de aproximaciones sucesivas y lo que fueron planteamientos muy generales pasaron a ser conceptos más refinados, en la medida que el grupo meditaba sobre ellos y aprendía de sus propias discusiones.

Esto lo estimulaba el propio presidente, quien dejaba claro que entre reuniones se daba a la tarea de estudiar y obtener información

que después compartía. Aunque, sólo Axkaná sabía, porque se lo había confiado, que buena parte de ésta provenía de una red de personas con antecedentes profesionales muy variados que eran de su absoluta confianza y con quienes mantenía comunicación a través de su cuenta personal de correo electrónico, o durante almuerzos y cenas privadas, que de preferencia dejaba para los fines de semana.

La evolución de este proceso de análisis y reflexión tomó un giro más formal, cuando el presidente se reunió con Axkaná y Joaquín Benavides, su jefe de asesores, para seleccionar a quienes serían los responsables de liderar pequeños grupos que se encargarían de desarrollar cada idea a mayor profundidad con el objeto de convertirlas en políticas públicas, y plantear y detallar los cambios que fuere necesario hacer en el marco legislativo.

Les indicó que ellos coordinarían los trabajos: Benavides los vinculados a temas económicos y Guzmán los políticos y sociales. Él se reservó las cuestiones que tuvieran que ver con gobierno, seguridad y relaciones internacionales. Además tomó la responsabilidad de designar a los encargados de cada grupo, a quienes en privado les informaría de su nombramiento, de lo que esperaba de ellos y, en particular, de sus indicaciones en materia de confidencialidad.

Todos los archivos deberían estar protegidos con clave y se guardarían en dispositivos de almacenamiento masivo. No habría copias duras, los temas no se discutirían fuera de los grupos hasta que él lo autorizara y todas las comunicaciones se harían utilizando direcciones privadas de correo electrónico. Punto, este último, sobre el que fue muy enfático, no quería ningún documento en el servidor de la presidencia, ni de ninguna área del gobierno.

Salvo este acento, quizá exagerado respecto a la secrecía con la que el presidente deseaba que procedieran, para ninguno de los dos esta forma de trabajo les resultaba novedosa, puesto que habían

colaborado muchos años con él y fue la misma que emplearon después de la campaña para elaborar el plan de gobierno. Sin embargo, lo que sí sorprendió a ambos, fue que ahora estuviera dispuesto a emprender acciones que otrora no había considerado por razones políticas y que esto se lo planteara durante el segundo año de su mandato.

Cuando Benavides, un economista de formación matemática, que sufría de una aguda incomodidad al momento de encarar situaciones ambiguas que no tenían respuestas precisas, le hizo notar este punto, el presidente respondió en un tono y de una forma que no dejó espacio para continuar un diálogo.

—No sé con precisión lo que voy a hacer, ni cuándo, pero si decido seguir adelante quiero estar seguro de hacerlo bien y actuar en el momento adecuado. No quiero, como ha sucedido con otros, gobernar a partir de ocurrencias legislativas mal hechas, inoportunas y peor negociadas. Aunque tampoco creo que el desempeño de un presidente dependa exclusivamente de que prosperen sus iniciativas. Al margen de éstas y con las leyes vigentes hay mucho que se puede hacer, si estamos dispuestos a asumir las consecuencias. Preparémonos aunque corramos el riesgo de no pasar de una intención, pero hagámoslo en silencio.

El presidente echó para atrás su sillón palmoteándose ambos muslos. Señal inequívoca, para quienes lo conocían, de que la conversación estaba concluida y que debían retirarse.

Axkaná, a diferencia de Benavides, era más perceptivo y tenía una gran facilidad para entender las entrelíneas, el lenguaje corporal y lo que, sin verbalizarlo, se podía estar diciendo. Por ello era frecuente que después de acudir juntos a alguna reunión, el segundo le pidiera su punto de vista, en especial cuando las cosas no se veían muy claras.

Tan pronto cerraron la puerta del despacho presidencial Benavides siguió a Axkaná hasta que entraron a la oficina de éste.

Tomaron asiento en un par de sillones de cuero desgastado y de inmediato, con la rapidez de un balazo, Benavides formuló la pregunta obvia, la de siempre cuando se daba cuenta de que había estado flotando en el ambiente algo más de lo que podía entender.

—¿Cómo lo ves? Tú lo conoces mejor que yo.

Axkaná guardó silencio, y por suerte para él, ocurrió la consabida interrupción de la secretaria para ofrecer “algo de tomar”, lo que le dio tiempo para meditar un poco la respuesta.

— Tú bien sabes que si yo supiera algo más que tú, no te lo diría. Pero créeme, estoy en las mismas. No des por hecho que por ser su secretario particular desde hace muchos años, me lo cuenta todo o puedo conocer el detalle de lo que entra y sale de su oficina. Eso era antes cuando no existían el internet y los correos electrónicos. Ahora, ya no hay papel, ni mensajeros que entregan sobres en propia mano marcados con la leyenda “Personal y confidencial” y que sólo podían abrir los destinatarios, como cuando tú y yo empezamos a trabajar.

Un largo suspiró delató la decepción de Benavides, aunque prefirió permanecer callado para darle tiempo a Axkaná de que se explainara.

—Sí, lo vengo notando raro, Joaquín. No te lo puedo negar. Y estoy de acuerdo con la pregunta que formulaste, porque cuando ya habíamos optado por seguir determinada ruta, lo que incluso significó desechar y aplazar varias de las promesas de campaña, lo que nos representó un costo político, ahora parece que la intención es revivirlas, lo que no será una tarea sencilla por los intereses que deberemos enfrentar.

Benavides fiel a su pensamiento sistémico y analítico, donde todo efecto tenía una causa y cada pregunta una respuesta, no pudo aguantar más para describir la incertidumbre que lo apesadumbraba.

—No me queda claro lo que viene, o peor aún, si vendrá. Tú lo oíste. Él tampoco está seguro. Creo que lo único que tenemos en concreto es que, desde su primer informe, algo empezó a cambiar en él, y no sólo me refiero a este giro imprevisto de volver sobre temas que alguna vez revisamos, sino a que lo veo mucho más reservado, muy desconfiado, vuelto en sí mismo. Esa actitud nos la ha contagiado al punto que nosotros mismos como grupo, como si estuviéramos en campaña, estamos actuando igual, con la diferencia de que ahora nos encontramos dentro de un gobierno donde sus principales funciones tienen responsables, y pese a ello, varios de nosotros tendrán encomendados en secreto asuntos que son competencia de otros. ¿Por qué no los quita si son tan pendejos y les pide a los nuevos que modifiquen el rumbo?

—No finjas Joaquín. Tú mejor que nadie sabes cómo se integró el gabinete y la cantidad de concesiones que se tuvieron que hacer, porque ganamos las elecciones por un pelo de rana y no tenemos la posibilidad de controlar el Congreso. En muchos casos no llegaron los mejores, ni los más aptos, ni aquellos que contaban con experiencia sino los que eran más convenientes para todos los partidos, pese a lo mínimo de su experiencia o a su probada ineptitud, la cual muchos han ratificado con creces en menos de un año. Conoces bien lo cabronas que estuvieron las negociaciones con la oposición e incluso dentro de nuestro partido y con los que se aliaron con nosotros.

A Axkaná le costaba trabajo permanecer sentado durante mucho tiempo y más cuando se trataba de una discusión que lo encendía. Se levantó y gesticulando con ambas manos mientras caminaba esquivando los muebles de su oficina, le dijo en tono imperativo:

—Acuérdate que esto lo anticipamos cuando se modificó la Constitución para que el Congreso ratificara a todos los miembros del gabinete, lo que en nuestra inmadura democracia, lejos de

significar un avance ha representado para las cúpulas partidistas una oportunidad de oro para negociar entre ellos con el fin de poner a sus incondicionales como secretarios y ganar cuotas de poder en el Ejecutivo. En México cuando algo es facultad del Congreso, en la práctica resulta ser una potestad de las cúpulas partidistas. Por eso es que estamos trabajando como un grupo arrinconado que resulta en una especie de gabinete a la sombra, que además no puede confiar ni en los pinches servidores que utiliza.

—Pero ¿cómo planea llevar todo adelante, si estamos copados? —preguntó Benavides con incredulidad.

—No lo sé. Por ahora me basta confiar en él para seguirlo. Hagámoslo en silencio, como nos dijo.

§§§§

Axkaná miró preocupado que su reloj marcaba las 7.35 y se dirigió a Pascual:

—Es cierto, debemos empezar a movernos esto no se puede diferir más.

Dejando claro que asumía el control de la situación, Axkaná le pidió al doctor Peralta que si podía permanecer en la residencia hasta que le pudiera precisar el apoyo que requeriría de él, para lo cual le solicitó que pasará a una sala que estaba contigua a la recámara, y que el presidente usaba para ver la televisión y películas durante los fines de semana.

En principio, Peralta respondió con docilidad, pero las cosas se tornaron tensas cuando comentó que quería llamar a su esposa, aduciendo que siempre que salía solo de madrugada ella se ponía muy nerviosa, más aún en esa ocasión en particular, porque debió usar otro auto, dado que el suyo se descompuso y su chofer se quedó tratando de repararlo.

—Desde luego mayor, pero le voy a pedir que la llame desde aquí y que al terminar le entregue su celular al general Guajardo.

—Pero licenciado —contestó con evidente molestia al sentir que un civil le daba órdenes— esto es totalmente anormal.

—De eso no me cabe la menor duda, doctor —admitió Axkaná con cinismo— en estos momentos todo es anormal y le pido a usted que lo comprenda.

—¿Es que no confía en mí? —preguntó el médico con incredulidad y en forma altanera.

Pero ello sólo lo condujo al paredón de las respuestas directas que caracterizaba a Axkaná.

—No. En estos momentos y en estas circunstancias no confío en nadie. Le pido que comprenda la situación. Esta noticia no puede salir de esta casa. Mi actitud no tiene nada de personal, le ruego que nos dé cuando menos un par de horas.

Peralta se sintió humillado, pero ante lo inédito y confuso de la situación, cuyas implicaciones legales y políticas no comprendía con plenitud, no tuvo más opción que obedecer las órdenes, aunque fueran de un civil. Más todavía, porque el silencio de otro militar con rango superior validaba en los hechos esa instrucción.

El doctor se comunicó con su esposa, mientras los demás oían la conversación y aguardaban.

Axkaná aprovechó ese lapso para llamar a Guajardo a un rincón de la recámara y decirle al oído con una voz muy baja:

—Retira el teléfono y asegúrate de que no salga, al fin que esa sala tiene baño. Que lo atiendan bien para que esté tranquilo. No sé cuánto tiempo vamos a tardar. Sin decirles de que se trata convoca a una reunión urgente a los secretarios de Gobernación, Defensa, Marina, al presidente de la Suprema Corte, al presidente de la Cámara de Diputados, al Subsecretario de Hacienda y a Joaquín. Por último consigue de la manera más discreta que te sea posible un

machote de un certificado de defunción. Quizá para ti sea más fácil hacerlo en el Hospital Militar.

La conversación telefónica de Peralta no pasó de un número interminable de “si estoy bien, no te preocupes” con lo que todos pudieron comprobar que, en efecto, su esposa era una aprehensiva profesional.

Peralta apagó el celular y se lo entregó a Guajardo con una mueca de disgusto.

—Gracias, doctor. Ahora creo que debemos dejar sola a la señora Sofía con su padre.

Axkaná esperó a que salieran Guajardo y Peralta, pero él permaneció adentro. Cerro con suavidad la puerta, puso el seguro y jaló una silla para sentarse a corta distancia de ella.

—Sofía, sé cómo te sientes en estos momentos y que necesitas estar sola con tu padre el tiempo que tú lo quieras. Pero debo decirte que no me queda claro lo que pasó y que hasta el momento no estoy seguro de cuáles deberán ser los siguientes pasos. Apenas hace hora y media que me enteré y todavía estoy tratando de asimilarlo.

—¿No te tragas que fue un paro cardíaco como dijo el doctor? ¿Por eso crees que se debe hacer una autopsia? Lo noté en tu mirada cuando Peralta trató el tema.

—No lo sé. No soy doctor aunque me pareció precipitado su diagnóstico. Apenas llevaba diez minutos cuando concluyó que era un paro cardíaco. Además, un corazón se puede detener por muchas razones.

—¿Pero tú sí sabías que era hipertenso?

—No, para nada. Pese a convivir tantos años juntos, tu padre nunca me comentó alguna cuestión personal. Sí estaba al tanto cuando lo visitaba su médico, pero desconocía por completo si tenía algún problema de salud. Aunque advertía que cada día recargaba puntualmente su pastillero con pastillas y cápsulas de varios colores.

Pero ignoró qué eran y para qué servían. Apenas ahora, por el envase que está abierto me enteró que tomaba glucosamina, aunque la caja me parece haberla visto antes.

—Sí, la tomaba desde hace muchos años para sus articulaciones y cuando le dolían los huesos. Tres diarias, al mismo tiempo y antes de dormirse. Aunque la recomendación era que lo hiciera con cada comida. Una vez que le pregunté si eso no le hacía daño, me dijo que no le pasaba nada y que prefería hacerlo así porque eran grandes y no cabían en su pastillero, que no quería cambiar porque ése —y señaló la mesa de noche —se lo regaló mi madre cuando visitaron Turquía. Pero tú, ¿cómo lo viste en estos días? Imagino que estaba tenso después de lo que pasó el primero de septiembre.

—Sí, las cosas se pusieron, y de hecho están muy difíciles desde lo que anunció ese día. Tú habrás visto y leído en los medios todo lo que se ha venido después. Esto me hizo verlo más preocupado que lo normal y pese a que, como tú sabes bien, sabía mantenerse ecuánime, sé que lo afectaron las traiciones inesperadas de algunos que le habían ofrecido su apoyo. Pero, asumir que todo esto más su hipertensión —controlada, por lo que me dices— causaron un paro cardíaco puede sonar lógico, pero quizá porque soy un desconfiado compulsivo a mí no convence.

Sofía se levantó con brusquedad y empezó a cuestionar a Axkaná subiendo el tono de voz de manera ostensible. Mientras éste la miraba desconcertado sin comprender lo súbito del cambio, aunque entendía que su comentario final la había alterado al punto de hacerle perder el control.

—¿Qué crees que ocurrió entonces? ¿No me digas que lo asesinaron? ¿Cómo? ¿Eso es lo que quieres probar, que lo mandaron matar como a Colosio? ¿Para eso quieres la autopsia? ¿Quiénes fueron? ¿Dime quiénes? ¿Por qué? ¿Qué ganamos con saberlo si ya está muerto? Siempre le dije que la política era una mierda.

Al final se desmoronó y empezó a llorar profusamente dándole la espalda. Sollozaba con tanta fuerza que por momentos la respiración parecía faltarle.

Axkaná que había permanecido sentado escuchando el exabrupto, se levantó, caminó hacia ella y le puso la mano sobre su hombro. Ella lo abrazó y siguió llorando, mientras él permaneció en silencio en espera de que se tranquilizara.

Axkaná le dio un pañuelo y volvieron a sentarse.

Ella no decía palabra. Él miraba consternado su rostro enrojecido, porque comprendió su fragilidad y la soledad en la que se encontraba. En menos de dos años se había divorciado y perdido a sus dos padres. Ambos de muertes inesperadas. Ambos en Los Pinos. Mientras que su larga ausencia de México le hizo cortar muchas raíces y distanciarse de sus amistades, a cambio de hacer otros en Irlanda. Esto le creaba una sensación confusa respecto a cuál era el verdadero lugar al que pertenecía.

Axkaná la tomó de las manos.

—Cálmate, sé lo que estás pasando. Yo también perdí a mi padre en forma repentina y conozco la rabia que debes estar sintiendo. Como yo, hubieras querido despedirte de él y decirle muchas cosas. Quizá no debí hacerte estos comentarios cuando yo mismo no sé dónde estoy parado y menos aún he asimilado la muerte de tu padre. De alguna manera, para mí también lo era.

—Perdóname, ya pasó —dijo Sofía en una voz apenas audible.

Se limpió la nariz, tomó aire y dio un largo suspiro—. ¿Qué va a ocurrir? —preguntó resignada.

—Primero, quiero dejarte claro que no tengo ninguna idea respecto a la muerte de tu padre. Sólo que hay algo en esta habitación que no encaja, pese a que es obvio que cada mueble y cada objeto están colocados en un orden perfecto sino es que simétrico.

—Así era mi padre, su habitación no podía ser diferente.

—No lo critico, solo te quiero explicar la sensación extraña que, como si fuera un hueco, me ha ido invadiendo durante el tiempo que hemos estado aquí. Es como si vieras la obra maestra de algún pintor y hubiera algo en ella que no identificas pero que te hace dudar de su autenticidad.

—¿Y por eso quieres la autopsia?

—No sé si la autopsia debe practicarse. Ésta no es una decisión que yo pueda tomar solo. Más aún por las implicaciones políticas y prácticas que tendría. Además de que, en su caso, requeriríamos de tu anuencia. Por lo pronto, le pedí a Guajardo que llamará de urgencia al gabinete leal —que no legal— como sarcásticamente le decía tu papá para subrayar quiénes eran aquellos en los que podía confiar.

—¿Cuántos son? —preguntó Sofía con ingenuidad.

—Si incluyes a Guajardo y a mí, somos nueve.

—Nada más esos —dijo sorprendida.

—Sí, en el primer nivel, sólo éstos. Hay otros, pero están en un escalón abajo en varias de las secretarías más importantes. Pero por ahora, no sentí prudente convocarlos. Sólo lo hice con Jaime Lascurain, el subsecretario de Hacienda por lo que en su momento decidamos hacer en el frente financiero. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias, ya estoy más tranquila.

—Permanece aquí el tiempo que quieras. Voy a dar instrucciones de que no permitan la entrada hasta que tú lo autorices. Sólo te reitero que no llames a nadie hasta que yo te lo indique, quiero mantener todo en secreto el mayor tiempo posible hasta que estemos listos para recibir la avalancha que se nos viene.

—Sí, lo entiendo, ya me lo habías dicho en mi casa. No soy tonta como para no saber que ahora empezará la lucha para determinar quién lo sustituye.

—Sí, a eso me refiero, pero dado el momento de la muerte de tu padre, las cosas serán mucho más complicadas que escoger a su reemplazo. Ya te lo explicaré con calma más adelante. Si quieres llevarte sus objetos personales o lo que desees, estás en tu derecho.

—Gracias —contestó ella con los ojos todavía llorosos—. Más que nada necesito estar con él. Éstos serán los últimos momentos que estaremos juntos y en soledad. Quiero alargarlos lo que se pueda.

Axkaná se levantó y le puso el brazo sobre sus hombros. Esto la reconfortó porque volvió a percibir el sentimiento de protección que tiempo atrás le procuraban los brazos de su ex esposo.

—Sofía, te repito, tómate el tiempo que necesites. Si no tienes inconveniente me llevaré su lap top, su celular, el *USB* y algunos documentos que están sobre la mesa. Creo que en este momento lo mejor será guardar todo esto en la caja fuerte de mi oficina.

Ella asintió con la cabeza, mientras Axkaná guardaba las cosas en el portafolio. Al terminar la tomó con suavidad de la nuca, le dio un beso en la mejilla y sin decir palabra se retiró.

Capítulo II

Axkaná bajó a zancadas la escalinata de la casa presidencial y se dirigió en busca de la soledad protectora de su oficina. Le urgía encerrarse en ella para poder pensar.

Caminaba rápido, aunque con sigilo, porque lo menos que quería en esos momentos era encontrarse con alguien. No deseaba conversar con nadie, ni siquiera para intercambiar las típicas frases huecas que se dicen por cortesía, tampoco que lo vieran llevando el portafolio de cuero del presidente que, por antiguo y usado, era fácil de identificar, lo que podría parecer extraño. Pero ante la imposibilidad de encontrar el estuche de la lap top, no había tenido más remedio que utilizarlo para guardarla junto con buena parte de los papeles que estaban sobre su mesa de trabajo, que al presidente le gustaba usar cuando revisaba documentos sobre asuntos delicados o cuestiones personales.

Sentía el frío decembrino, porque el viento soplaba con fuerza suficiente para mecer las copas de los árboles y hacerlos murmurar.

Sin que hubiera una razón fundada, se sentía observado, incluso que seguían sus pasos. Por lo que mientras caminaba, miraba con disimulo a su alrededor donde a lo lejos reconocía al personal militar que, vestido de paisano y en funciones de vigilancia, se esparcía silencioso en los jardines de Los Pinos como si fueran estatuas vivientes.

A lo largo de su carrera Axkaná aprendió a ser desconfiado y que debía estar siempre en guardia. Varios descabros le hicieron ver que sobrevivir en el medio político requería una gran dosis de desconfianza. Aunque en esos momentos ésta la sentía al extremo de la paranoia. La sensación de seguridad que le daban Los Pinos se

había evaporado tan repentinamente como la vida del presidente, porque en su cabeza, como si fuera un eco interminable, le volvía la idea de que las cosas no eran tan lineales como parecían y eso lo confundía.

Su intuición le decía que actuara con cautela y que no aceptara con facilidad, como siempre le había aconsejado el presidente, lo que en ese momento podría parecer obvio, como fue la explicación que Peralta había dado sobre la causa posible de la muerte atribuyéndola a un paro cardíaco. Pero también pensó, que lo mejor sería no compartir con nadie sus dudas, más aún porque el asunto de la sucesión presidencial ya estaba en extremo complicado y sería imprudente hacer comentarios que sólo confundirían y que no pasarían de ser vaguedades.

Tan pronto entró a su oficina cerró la puerta con pasador. Puso el viejo portafolio sobre su escritorio e hizo lo mismo con el celular del presidente y el llavero del *USB* que había guardado en el bolsillo de su pantalón.

Tomó el auricular del teléfono rojo de la red presidencial y marcó el número de Guajardo. Al segundo timbrado, colgó apresurado porque se dio cuenta que justo en esas circunstancias no era conveniente utilizarla. Prefirió optar por el conmutador de Los Pinos e intento comunicarse a través de su extensión pero estaba ocupada y así se mantuvo por un buen tiempo, hasta que reintentó la comunicación pero ahora a través de su celular; contestó el buzón y eso lo hizo perder la calma.

—¡Cómo carajos en este pinche momento no contesta Pascual!
—exclamó con rabia.

Lo intentó de nuevo con el mismo resultado y así varias veces más.

§§§§

Guajardo se dio a la tarea de llamar personalmente a los miembros del llamado gabinete leal. Empezó por los secretarios de la Defensa y de Marina porque sabía que siendo militares, estarían desde muy temprano despachando en sus oficinas los reportes del día anterior de cada zona militar y naval. Gracias a esa misma disciplina, no hicieron preguntas y sólo acataron la instrucción que se les dio a nombre del comandante supremo de las Fuerzas Armadas.

—Buenos días, mi general secretario, le pide el presidente de la República que se presente a la brevedad en la biblioteca de la Residencia Oficial.

Fue todo lo que dijo Guajardo, para que el general Ubaldo Gutiérrez, le respondiera:

—Dígale al señor presidente que en estos momentos me dirijo hacia allá —y colgó.

Una respuesta similar fue la del almirante Lorenzo Lazcano, secretario de Marina.

En cambio las cosas fueron distintas con los civiles.

Sin darse cuenta empezó por aquellos con los que se sentía más cómodo, porque había logrado establecer una relación de auténtica camaradería.

Primero llamó a Joaquín Benavides.

Le pareció un siglo el tiempo que tardaban en contestar. Por fin una sirvienta levantó la bocina, a quien de inmediato le hizo notar la urgencia que tenía de hablar con su patrón.

—El señor está dormido pero le voy a pasar a la señora, aunque déjeme ver si la puedo interrumpir porque está preparando a los niños para llevarlos a la escuela —le respondió la muchacha fiel al adiestramiento que había recibido.

Esto colmó la paciencia de Guajardo que sólo alcanzó a gritarle:

—Dígale que es una llamada urgente de la Presidencia de la República.

Por fortuna para éste, la palabra urgente surtió efecto en la asustada recadera, lo que hizo que la mujer de Benavides reaccionara, y sin ni siquiera tomar la llamada para saber de qué se trataba, despertó a su marido y le entrego el teléfono.

—Es de la presidencia, dice que es urgente. Oyó Guajardo decir a la señora Benavides.

Entre bostezos y los resabios de una larga noche etífica con sus amigos de la universidad, Benavides finalmente contestó, aunque en ese estado debió hacer un esfuerzo para oír con cuidado la instrucción que le transmitía el jefe del Estado Mayor Presidencial.

—No te preocupes Pascual, allá voy. Nada más me doy una ducha porque estoy algo crudo.

Comentario del que se arrepintió tan pronto colgó, porque en la Oficina de la Presidencia siempre había cultivado una imagen de persona seria, incapaz de ningún exceso, y menos de alcohol.

—Ni modo —pensó— al fin que Guajardo es muy discreto.

El jefe del Estado Mayor continuó con el doctor en Derecho Santiago Órnelas, presidente de la Suprema Corte de Justicia y quien era la persona más joven que había asumido ese cargo en los últimos cincuenta años. Su relación con el presidente databa de sus épocas universitarias cuando fue, a decir por éste, su alumno más distinguido, por lo que ambos se profesaban un profundo respeto profesional.

Nunca habían colaborado juntos en ninguna función pública hasta que coincidieron como sendos responsables de dos de los tres poderes constitucionales. Pero apenas fue en los meses recientes, cuando tuvieron la oportunidad de trabajar de manera muy cercana y frecuente, dado que el presidente le pidió su apoyo para comentar y discutir con él algunos aspectos legales de las iniciativas que enviaría al Congreso. No obstante, a lo largo de las múltiples reuniones que habían tenido, cubrieron no sólo esos temas, porque a

ambos les gustaba polemizar sobre muchos otros, entre los que destacaban los asuntos políticos e internacionales.

Al quinto timbrado del teléfono por fin contestaron. Pero en lugar de que alguien respondiera, Guajardo se quedó por completo confundido al escuchar una canción de Queen que sin lugar a dudas provenía de un aparato puesto adrede a un volumen muy alto.

Casi a punto de colgar, porque pensó que había marcado un número equivocado, oyó, como si fuera un sonido de fondo, la voz agitada de Santiago Órnelas.

—Sí, dígame.

—¿El doctor Santiago Órnelas?

—¿Quién lo busca?

—El general Guajardo

—Sí, soy yo, permítame un momento, déjeme apagar la música.

—Disculpe, general, cuando hago ejercicio en la caminadora me ánimo con melodías alegres.

—No se preocupe, doctor. Le llamó porque el señor presidente desea verlo en Los Pinos a la brevedad.

Lo inesperado de la invitación hizo que Órnelas se tomara más tiempo de lo normal para responder.

Hasta ese momento todas las invitaciones a la residencia oficial que no fueran para reuniones protocolarias, se las había hecho en persona el propio presidente y, desde luego, no eran para que se presentará de inmediato cuando apenas eran las 7.45 de la mañana. No necesitaba de mucha agudeza para deducir que algo extraño estaba ocurriendo, aunque su primer pensamiento fueron varios de los asuntos que recién habían discutido.

—¿Sabe usted si el presidente quiere que lleve algo en particular?

—No, doctor. Sólo me pidió que manejara esta cita con absoluta discreción y que por el momento no la haga del conocimiento de nadie —recomendación que sólo hizo preocupar más a Órnelas.

—Entiendo. Dígale que estaré ahí en un máximo de cuarenta y cinco minutos.

Órnelas colgó el teléfono, se sentó en un sillón que usaba al término de los estiramientos que solía practicar después del ejercicio y permaneció casi inmóvil, sumido por largo rato en un estado de confusión e incertidumbre.

—¿Qué está sucediendo para que llame Guajardo tan temprano y me solicite ir a Los Pinos con premura y que todo lo haga en total sigilo? —se preguntaba en voz alta.

Miró su reloj digital, se dio cuenta que ya habían pasado varios minutos desde que colgó y que ahora tendría que hacer las cosas con mayor prisa. Aunque para su consuelo también pensó que ya faltaba menos para saber lo que en realidad estaba ocurriendo. No obstante, decidió que llevaría los dos estudios jurídicos que apenas un par de días antes había comentado con el presidente y cuyos originales, por fortuna, los tenía en el despacho de su casa.

§§§§

Guajardo empezó a buscar el teléfono de la casa del secretario de Gobernación, Fernando Arzamendi, pero se acordó que se encontraba fuera de la ciudad porque dos días antes, cuando estaba a punto entrar a su acuerdo con el presidente, lo pasó a saludar y le había dicho que iría de gira a Hidalgo junto con el secretario de Comunicaciones. Incluso, le mencionó que, como éste continuaría su recorrido a Querétaro, quería saber si había alguna posibilidad de que un helicóptero del Estado Mayor lo recogiera en Pachuca, aunque no estaba seguro de que esto fuera necesario porque eso dependería de cómo organizaría su agenda finalmente.

Como no se volvió a comunicar con él, asumió que el problema se había resuelto, pero de cualquier manera, para cubrirse, reservó

una aeronave en caso de que se necesitara. Previsión que en ese momento resultaba muy afortunada. Estaba acostumbrado a resolver situaciones inesperadas como era ésta, por lo que ya había ordenado que el aparato volará a Pachuca para recoger al secretario de Gobernación, aun sin que éste lo supiera todavía.

La relación entre los dos era en apariencia cordial. Incluso se tuteaban y se gastaban bromas respecto a sus equipos de fútbol favoritos. Pero esto no eliminaba una barrera invisible que existía entre ellos que no permitía establecer una amistad que ambos percibieran como sincera.

Esto incomodaba más a Guajardo que a Arzamendi, porque el primero sentía que éste lo trataba con cierta condescendencia debido a lo extremo de sus orígenes sociales, ya que mientras él provenía de una familia humilde, tenía la piel morena y rasgos indígenas, el secretario de Gobernación había nacido teniéndolo todo, y aunque sus padres de origen vasco —ascendencia europea que presumía tan pronto se le presentaba la ocasión— no eran millonarios, sí gozaron de una posición acomodada que a él le permitió realizar estudios en el extranjero y dedicar en su juventud un largo rato al ocio, mientras que otros muchachos tenían que compaginar el estudio con algún trabajo que les permitiera sobrevivir o ayudar a sus familias, como lo había hecho su otrora amigo de la universidad: el presidente de la República.

A Guajardo esta amistad siempre lo había intrigado por la contrastante forma de ser de ambos. El presidente no tenía una personalidad magnética, y menos una buena presencia física porque si bien era muy alto estaba un tanto rechoncho. Pero cuando se le trataba resultaba ser un individuo seductor, producto de la manera como sabía combinar su inteligencia para entender y expresarse con un lenguaje sencillo y claro. Además de que su trato personal hacía

sentir a los demás que, pese a su investidura, no se colocaba por encima de ellos.

Por el contrario, la personalidad de Arzamendi hacía que no pasara desapercibido. Más aún porque, además de ser cinco años más joven que el presidente, era atlético y bien parecido. Características que sabía explotar, en particular entre el género femenino. No obstante, la impresión positiva que causaba en un primer momento solía desvanecerse en la medida que se le iba conociendo hasta que llegaba a un punto donde se le colocaba en su verdadero nivel, lo que en gran parte se debía a un carácter sobrado que en ocasiones podía llegar a ser fanfarrón y agresivo. Pese a esto, nadie dudaba de su inteligencia y olfato para navegar en la política mexicana, razón por la cual había sido escogido por su amigo para hacerse cargo de la Secretaría de Gobernación.

Alguna vez Guajardo había comentado con Axkaná que no entendía cómo el presidente y Arzamendi se podían haber llevado tan bien durante tantos años si eran tan distintos. Interrogante que dio origen a un sinnúmero de hipótesis hasta que convinieron que la más lógica era que sus características personales se complementaban, lo que les había permitido actuar como un tándem a lo largo de su carrera política, donde quién estuvo mejor posicionado siempre ayudó al otro.

Aunque a juicio de Axkaná, algunos comentarios y actitudes de Arzamendi siempre le habían hecho pensar que, desde su egocentrismo, envidiaba al presidente porque consideraba que él era más apto para ocupar la jefatura del Poder Ejecutivo. De hecho, con frecuencia, aunque fuera con sutileza, hablaba de las circunstancias que favorecieron a su amigo para que alcanzara la presidencia de la República, poniendo en segundo plano sus méritos personales.

Axkaná empezó a percibir cierto alejamiento entre ellos, desde el momento que el presidente le asignó a Arzamendi un papel marginal

en la elaboración de las iniciativas y las nuevas políticas públicas que se anunciaron el 1° de septiembre. Más adelante, a mediados de octubre, tuvieron una discusión fuerte debido a la negociación que éste hizo con el Congreso para trasladar el debate de esas iniciativas a un período extraordinario que iniciaría hasta el 15 de enero del siguiente año.

El secretario de Gobernación se disculpó arguyendo que había sido la mejor negociación que pudo lograr a la luz de otros temas que estaban siendo debatidos en el Congreso, lo que en un principio a Axkaná le pareció lógico, en virtud de lo enrarecido del ambiente político, aunque tampoco dejó de pensar que, dadas sus ambiciones y la presión de las fuerzas políticas y los poderes fácticos, lo hubiera hecho como una forma de navegar en dos aguas a la vez, para no comprometer su futuro.

Si bien estos antecedentes le creaban a Axkaná cierta desconfianza hacia Arzamendi, decidió correr el riesgo y convocarlo como parte del gabinete leal, porque pese al distanciamiento con el presidente no advirtió que hubiera nada serio y menos que se llegara a un punto de ruptura definitiva. Además de que la participación del secretario de Gobernación en esos momentos era indispensable. Pero eso no significaba que bajaría la guardia.

§§§§

Tan inesperada fue la llamada de Guajardo como incómodo el lugar donde Arzamendi se vio obligado a tomarla, porque cuando sonó el teléfono se encontraba sentado en el excusado. Postura que resultaba hartamente inoportuna para recibir una instrucción presidencial que demandaba cumplimiento inmediato. A lo que se sumaba la ironía de que estuviera dentro de la suite presidencial que Margarita

Buentono, la gobernadora de Hidalgo, le había reservado en el mejor hotel de Pachuca.

Después de oír las instrucciones del presidente de la República en boca del jefe del Estado Mayor y de tratar de saber sin éxito, cuál era el motivo de la convocatoria, aceptó sin chistar los arreglos que le proponía Guajardo para trasladarlo a la Ciudad de México. De hecho, éste se valió de la premura para evitar que Arzamendi lo engatusara para tratar de saber más acerca del objetivo de la reunión y, en especial, si había otros convocados.

Pero, pese a todos sus esfuerzos para escabullirse y ante la insistencia de Arzamendi, no tuvo más remedio que repetirle con idéntica vehemencia la misma respuesta que ya le había dado:

—A mí, el presidente me pidió que te citara —respondió Guajardo reiterada y lacónicamente.

Tan pronto terminó con Guajardo, Arzamendi llamó a la gobernadora para informarle que debía presentarse en Los Pinos para atender un asunto urgente y que, por ende, no le sería posible desayunar con ella como lo tenían programado.

Abrió la ducha, su lugar favorito para ordenar sus ideas al inicio de cada mañana a costa de un gran consumo de agua, y no tardó mucho en darse cuenta de que la llamada le había creado una sensación de vulnerabilidad que lo hizo deprimirse, porque pensó en todo lo que había pasado durante las últimas semanas.

Él sabía que su lealtad hacia el presidente era asunto del pasado. Esto no lo manifestaba de manera abierta, porque como buen actor y político experimentado, sabía ser discreto y tenía presente que no debía quemar las naves antes de tiempo. Aunque esto no lo había detenido para empezar actuar a espaldas de su jefe.

Le había molestado, que sin consultarlo y sólo dándole información parcial, el presidente hubiera decidido hacer un cambio tan radical en el rumbo de su gobierno, que además a él lo estaba

desgastando políticamente al obligarlo a asumir posiciones que comprometían sus aspiraciones para acceder a la presidencia en el siguiente período.

Esto lo interpretó Arzamendi como un rompimiento tácito de la amistad que por años los mantuvo unidos, donde quedaba de manifiesto que la falta de lealtad hacia él por parte del presidente había sido, desde su punto de vista, el factor de quiebre, lo cual justificaba que, ahora liberado de un compromiso moral, él actuara por cuenta propia con el fin de buscar su beneficio, pese a los riesgos que esta actitud le había hecho tomar y que en esos momentos le venían a la cabeza haciéndolo sentir temeroso ante un llamado tan inesperado como críptico.

Se quedó muy preocupado y se sintió aún más deprimido.

§§§§

—No se apure, licenciado —dijo la gobernadora de Hidalgo en tono condescendiente, añadiendo la trillada frase de que “donde manda capitán no gobierna marinero”, para culminar su comentario con un arrebato de gruesa lambisconería—. En estos momentos por los que atravesamos, personas como usted, con su vocación de servicio, talento y experiencia son muy valiosas para el país y no se diga, para el presidente de la República.

Arzamendi, pese a que le encantaba oír elogios, no estaba en ese momento con el ánimo para escucharlos. Apenas dio las gracias y se despidió de la gobernadora en un tono apesadumbrado. Ésta, que destacaba por su capacidad para descifrar lo que no se decía pero que ella podía deducir de las entrelíneas, de la expresión facial y, como en este caso, del tono de voz, encendió de inmediato las alarmas de alerta.

Esta habilidad le había resultado a Margarita Buentono de enorme valía a lo largo de su carrera política, al permitirle determinar con gran certidumbre cuáles, en situaciones clave, deberían ser sus siguientes pasos; avanzar, retroceder o sólo permanecer flotando sin asumir ninguna posición. Asimismo le había facilitado su inserción a redes sociales de todo tipo. Podía moverse con suma facilidad en medios tan disímolos como la Asociación de Banqueros y las peñas taurinas, o tan antitéticos como la jerarquía eclesiástica y la organizaciones lésbicas – gay.

—¿Cuál era su secreto? —le preguntaban quiénes veían con asombro cómo escalaba posiciones cada vez de mayor responsabilidad, no obstante que se desenvolvía en un mundo donde predominaban los hombres. Más aún, porque nunca optó por llevarse a ninguno a la cama con tal de progresar, pese a que tenía atractivos suficientes para hacerlo de esta forma.

En el fondo, Margarita Buentono estaba convencida de que las mujeres se encontraban mejor dotadas para crear relaciones, porque les era más fácil desarrollar un sentimiento de afiliación que facilitaba encontrar puntos de coincidencia, lo que resultaba básico para la creación de alianzas. Al contrario de lo que sucedía con los hombres que recurrían más a la dominación del otro como un mecanismo para cooptarlo.

Pese a eso, Margarita sabía también usar su lado femenino sin nunca consolidar nada. Era hábil en el arte de la seducción pero como si fuera una torera experta, conocía el momento justo de retirar el capote. Algunos, duraban largo tiempo en su imaginario ruedo intentando dar la embestida final, lo que le permitía alargar la relación y obtener lo máximo de ella. Pero había otros que sólo les bastaba un capotazo para tocar retirada.

§§§§

Mientras hablaba con Arzamendi, Guajardo se percató por el parpadeo de celular que tenía varias llamadas pérdidas que no escuchó, porque lo había dejado en modo pasivo para evitar interrupciones.

Apenas colgó, y justo cuando se había dado cuenta que las llamadas provenían de un número de Los Pinos, el celular empezó a sonar de nuevo.

—Bueno —dijo con cierta timidez un tanto expectante de quién podía estarle llamando.

—Carajo Pascual hasta que se te dio la maldita gana contestar. Llevo marcando cada tres minutos, y nada, me mandan al pinche buzón —dijo Axkaná, casi gritando.

—Disculpa pero estaba llamándoles a todos y apagué el timbre del celular, pero ¿por qué no llamaste por la red en lugar de hacerlo a través del conmutador de Los Pinos?

—No fastidies, tú mejor que nadie sabes el porqué.

—Es cierto discúlpame —dijo Guajardo—, todavía estoy algo apendejado por la noticia. No la asimilo y sé que los chingadazos se van poner muy cabrones.

Axkaná lo oía más tranquilo y en el fondo le parecía gracioso observar que, cuando Guajardo estaba tenso, solía ser mal hablado y pronto para llenar cada oración con más de una leperada. Prefirió el mismo adoptar este tono para hacerle sentir su solidaridad en un momento donde ambos se necesitaban.

—No te apures Pascual —le respondió en un tono más sosegado—, discúlpame tú a mí. Yo también estoy que me lleva la chingada. Todavía no me la creo. Tú sabes lo que él representaba para mí. Pero ni modo, ya tendremos tiempo para asimilarlo. Por lo pronto, cómo dices, hay que prepararnos para los madrazos que se nos vienen. ¿Llamaste a todos?

—Sólo me faltan Rafael Ledesma, el líder de la Cámara de Diputados y Jaime Lascurain, el subsecretario de Hacienda. Los dejé para el final porque tú sabes que el primero me caga los huevos y al segundo casi no lo he tratado. Tú lo conoces mejor. ¿No deberías llamarle tú?

—No hazlo tú. Yo tendría que sacarme algo de la manga y no estoy de ánimo para estar inventando historias. Dile a Lascurain que hablas de mi parte y que lo necesito ver con urgencia. Él sabe, como lo ha hecho en otros casos, que debe ser discreto con este tipo de llamadas. Así que no creo que le debas dar mayor explicación. La ventaja es que vive en la colonia San Miguel Chapultepec y estará aquí muy rápido.

Axkaná interrumpió por un momento lo que estaba diciendo, porque necesitaba procesar toda la información que tenía en la mente antes de acordar con Pascual lo que harían a continuación. Sobre todo porque conocía que en política el orden de los factores sí alteraba el producto, por lo que debía ser cuidadoso con los detalles, aun si eran nimios.

—No te preocupes por Ledesma—le dijo a Guajardo— yo le llamo. Al fin que su casa también está cerca. Tú avisa que tan pronto llegue lo conduzcan a una de las salas de recepción del despacho oficial. Es mejor que no pase a la biblioteca hasta que estemos a punto de empezar, porque si lo hace antes va a confundir a los demás, dado que no forma parte del gobierno. Además, acuérdate que Arzamendi siempre lo ha visto como su posible sucesor y se le revuelve el estómago cada vez que lo tiene cerca. ¿En cuánto tiempo crees que estarán todos aquí?

—Creo que los secretarios de Defensa y Marina deben estar casi en la puerta. Y quizá el resto debe llegar entre 8.30 y 9.15. Él que seguro va a llegar al final es Arzamendi.

—¿Por qué? —preguntó Axkaná con cierta sorpresa.

—Porque estaba de gira en Hidalgo y tuve que enviarle un helicóptero a Pachuca para que lo recogieran. Espero que aterrice en 40 minutos. Ya tengo un automóvil listo en el Campo Marte para traerlo de inmediato. El problema es que tenía programado un desayuno con la gobernadora Buentono y debió hablarle para cancelarlo, lo que estoy seguro puso a ésta en alerta, por lo que es muy probable que ya se haya comunicado con el cabrón de Pérez Limantour para darle el chisme.

—Es cierto, Margarita Buentono y Pérez Limantour son compadres —agregó Axkaná.

—Así que prepárate para recibir su llamada en cualquier momento, ya lo conoces como se mueve cuando huele algo raro. No obstante, para que estés tranquilo no pueden saber más de lo que yo le dije a Arzamendi; que el presidente le pedía que se presentara en Los Pinos a la brevedad.

—Estuvo bien Pascual que dijeras que la instrucción proviene del presidente. Esto los aleja del asunto principal y seguro que con lo grillo que son, van a tener la cabeza puesta en otro lado.

—Seguro que sí, aunque no te confíes Axkaná, estos cabrones son grillos profesionales y saben buscar hasta debajo de las piedras con tal de saber que está ocurriendo.

—Van a dar las 7.50 todavía tengo algunas cosas que pensar. Avísame cuando estén todos reunidos. No quiero empezar la reunión sin ninguno de ellos, ni tampoco quiero hacerme presente hasta que estén todos, porque me sentiría muy presionado. Asegúrate de estar en la biblioteca para mantener todo bajo control. Distráelos. No son tontos y seguro que estarán ansiosos por saber qué pasa. ¿Conseguiste el machote del certificado de defunción?

—En eso estoy. Tuve que inventarle una historia a un primo que trabaja en el Hospital Militar. Le dije que en la asesoría del presidente estaban revisando cuestiones del registro civil y que

necesitaban con urgencia un machote de certificado de defunción, porque estaban estudiando la posibilidad de proponer algunas modificaciones, para llevar con más precisión las estadísticas sobre las causas de los fallecimientos.

—¿Se la creyó? —preguntó Axkaná ansioso por saber si Pascual había logrado convencerlo.

—Sí, pero como es muy servicial el cabrón, se ofreció enviarme uno por fax o por correo electrónico. Le comenté que necesitaban un original, porque también querían revisar los temas de seguridad para evitar falsificaciones. Por fortuna, mi pariente no hace muchas preguntas y ya envié a recogerlo. Sólo me pidió, y de hecho me jodió con este asunto varias veces, que se lo regresé tan pronto terminemos, porque está foliado y llevan un control muy estricto.

—Así será, dile que no se preocupe —respondió Axkaná haciendo un gesto sarcástico—. ¿Cómo te fue con Peralta? Supongo que está muy encabronado conmigo.

—Claro que está encabronado, le diste un madrazo seco cuando le dijiste que no le tenías confianza. Hasta a mí me tomaste por sorpresa, más al momento de pedirle el celular. Y desde luego, me reclamó muy molesto que cuando le llamamos para que viniera, no le hubiéramos dicho que el presidente estaba muerto. Por suerte se aplacó. Pero más que enojado lo noto muy angustiado porque no sabe dónde está parado, ni lo que esperamos de él.

—Ya hablaré con él y lo sabrá. Estaré en mi oficina hasta que me llames.

§§§§

Axkaná le pidió a su asistente que no le pasarán llamadas, ni lo interrumpieran porque quería tener un tiempo de reposo para ordenar sus pensamientos. Las últimas dos horas de su vida las había vivido

con la adrenalina a tope. Pero antes era preciso que despachara la llamada a Ledesma, lo que en esos momentos era una tarea ingrata pero necesaria, porque éste presidía la Cámara Diputados, además de que dado su carácter de ex presidente de su partido, tenía una influencia muy notable sobre muchos legisladores.

Guajardo estaba en lo correcto. Rafael Ledesma era un tipo insufrible que necesitaba de infinidad de agarraderas para sentirse seguro, las que en forma hábil disfrazaba con poses a través de las cuáles se daba importancia. El simple intento de comunicarse con él resultaba farragoso y su accesibilidad estaba limitada para muy pocos. Su celular sólo lo contestaba si la llamada estaba incluida en un selecto directorio grabado en la memoria del aparato y en el que había tenido la deferencia de incluir un trío de números privados del presidente de la República.

Pero no los de su secretario particular. Pese a que años atrás cuando su carrera política se encontraba en un pantano, Ledesma se presentaba sin cita a la oficina de Axkaná y aguardaba con paciencia durante lapsos interminables hasta que éste lo pudiera recibir, so pretexto de entregarle cualquier trabajo estúpido o un libro que creyó conveniente regalarle, con tal de hacerse presente en espera de un empujón o de algún trabajo. Pero una vez que logró salir del atasco y remontar, la humildad se convirtió en prepotencia y lo que fueron favores o confesiones que se hicieron ante el peso de las horas bajas, ahora parecían afrentas que vengar o momentos de debilidad que mejor sería olvidar.

En más de una ocasión había escuchado el comentario de que Ledesma se refería a él, como el “perfecto segundón” y que por ello no había pasado de ser un secretario particular, aunque había tenido la suerte de que su jefe empezó siendo director general y terminó como presidente de la República.

Para ahorrar tiempo, Axkaná pensó en tomar el celular del presidente y llamarle, porque al reconocer el número él contestaría. Pero de inmediato desechó esta posibilidad porque sería imprudente. Con seguridad sospecharía algo. Prefirió entonces seguir el curso normal.

—Buenos días señorita. Habla Axkaná Guzmán, secretario particular del presidente de la República, ¿podría comunicarme con el licenciado Ledesma?

—Desde luego le voy a pasar a la licenciada Hinojosa, su secretaria privada.

—Buenas días, licenciado Guzmán en qué puedo ayudarlo

—Necesito hablar con el licenciado Ledesma.

—Con mucho gusto.

—Por fin —pensó Axkaná más relajado creer que había pasado la última de las aduanas, mientras escuchaba la música para elevador que suelen poner en los conmutadores para hacer más soportable los tiempos de espera.

Pasaron varios minutos hasta que por fin escuchó una voz, pero no la que esperaba.

—Buenos días licenciado Guzmán —dijo una voz joven, quizá en la treintena baja—, soy Hernán Gutiérrez, secretario particular del presidente de la Cámara de Diputados. El licenciado Rafael Ledesma está en estos momentos en un desayuno privado. Ya le pasé una tarjeta y me indica que él se reporta con usted.

Las reservas de paciencia ahora sí quedaron vacías. Pero se contuvo para meditar lo que debía hacer.

Primero tenía que averiguar dónde estaba físicamente Ledesma, porque su red de comunicaciones permitía transferir llamadas entre teléfonos que podían estar muy distantes sin que lo notara la persona que estaba llamando. Podía incluso estar fuera de la ciudad y eso

complicaría las cosas al grado de que consideraría con seriedad dejar de convocarlo, porque el tiempo estaba en contra.

En segundo lugar, le preocupó el término “desayuno privado” porque así como éste podía estar relacionado con su trabajo, también podía encontrarse en casa de alguna amante. Esto lo dedujo porque en cierta ocasión le había oído presumir que los desayunos eran, ante su esposa, la excusa menos sospechosa para poder verlas.

De las dos alternativas, Axkaná prefería esta última, porque la sentía más segura en cuanto a la posibilidad de que menos personas podrían saber que a Ledesma se le estaba convocando a Los Pinos, además de que su machismo lo hacían buscar mujeres que, desde el punto de vista intelectual no le resultaran amenazantes y a las que pudiera impresionar por su posición política y, ¡claro!, por el dinero y los regalos que les daba con regularidad.

Al final optó por agarrar al toro por los cuernos y dejarse de especulaciones, porque el tiempo corría.

—Mire Hernán, usted es una persona joven con futuro y yo quiero que disfrute de una larga carrera profesional. Por otra parte entre secretarios particulares no nos vamos a leer la suerte. Así, que pídale a su jefe que tome la bocina de inmediato o si prefiere que se lo ordene el presidente de la República.

Se hizo un silencio y el asustado Hernán Gutiérrez balbuceó con docilidad —ahora mismo.

Aguardó apenas un par de minutos.

—Qué hay Guzmán —dijo Ledesma en tono socarrón, lo que evidenciaba que su secretario particular le había narrado la sutil indicación de Axkaná, a la vez que marcaba distancias llamándolo por su apellido.

—El presidente quiere verte a la brevedad.

—¿Sabes para qué?

—No lo sé. Respondió escuetamente.

—¿Hay más invitados? No lo sé. A mí me pidió que te llamara.

Y sin darle oportunidad de reaccionar Axkaná le preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en llegar a Los Pinos para que estén listos para recibirte?

Esto último lo dijo para estimular el ego de su interlocutor que disfrutaba con entusiasmo de los símbolos del poder.

—El tiempo que me tome trasladarme de Polanco para allá.

Axkaná, sintió un alivio porque eso le facilitaba las cosas. Además de que sin solicitarlo le dio una pista que le permitió deducir con quién se encontraba, ya que era un secreto a voces que tenía una relación con Adriana Robles, una artista de telenovelas y películas de bajo presupuesto, que también era amiga suya aunque no en el plano íntimo, y que vivía en un departamento antiguo pero bien acondicionado del viejo Pasaje Polanco. Aun así tendría que comprobar esto para estar totalmente seguro.

—Está bien. Aquí te esperamos ya tienen instrucciones en la puerta. Nos vemos y dale mis saludos a Adriana.

La falta de respuesta y dos carcajadas nerviosas le dieron la razón a Axkaná, por lo que también se sintió descansado de que no estuviera con algún otro político, porque dados los tiempos que se vivían, con seguridad se daría a la tarea de polemizar sobre cuál era la razón para que le llamaran de Los Pinos y cómo esto podría relacionarse con su carrera.

De hecho, por comentarios que había realizado en público Ledesma, éste consideraba que el presidente tenía una deuda con él, porque suponía que su desempeño y habilidades políticas habían sido claves para que accediera a la jefatura del Poder Ejecutivo, aunque fuera por un margen estrecho y sin mayoría en ninguna de las cámaras. Por lo que Axkaná sabía que una llamada tan lacónica lo haría imaginar que por fin le había llegado el turno de ocupar un puesto en el gabinete presidencial y en particular, de hacerse cargo

de la Secretaría de Gobernación, lo que implicaría estar en la antesala de la presidencia de la República.

Para Axkaná, Ledesma era un individuo curioso, porque al margen de sus modales estudiados y su apego a la utilería del poder, acostumbraba desempeñar con seriedad las funciones que tenía a su cargo, como ocurría en esos momentos cuando presidía de la Cámara de Diputados. Posición en la que se había granjeado el respeto del presidente, quien pese a sus diferencias de opiniones, lo consideraba como un leal opositor, al grado de que fue uno de los pocos que consultó antes de los anuncios del 1º de septiembre, salvó que renunciaría a su partido.

Axkaná conocía que, cuando esto ocurrió, Ledesma le manifestó sin ambages su desacuerdo al presidente y le advirtió los riesgos que se correrían, pero a la vez entendió que en su desesperación para sacudir al Congreso y mover la agenda pública, el mandatario estaba en su derecho de dar los pasos que considerara necesarios. No obstante, Ledesma le reitero que él haría su mejor esfuerzo para que las iniciativas que enviara al Congreso se discutieran con base en sus méritos y no se envenenara el debate a partir de sus posiciones personales.

Pero esta tarea estaba siendo más complicada de lo que previó, porque además de que el presidente no le informó que renunciaría a su partido, lo que hizo que actuara con menos convicción para cumplir con el compromiso asumido, nunca anticipó que muchos legisladores hicieran lo mismo y abandonaran a su partido, lo cual irritó de sobremanera a las dirigencias partidistas que interpretaron la actitud del mandatario como una acción sediciosa que debilitaba el sistema político, al menos como ellos lo entendían.

—Ya tendrá tiempo de enterarse para qué es la cita —, pensó Axkaná mientras colgaba el teléfono.

Estando más relajado porque ya no había otras llamadas por hacer, sintió la imperiosa necesidad de recostarse en la medida que la adrenalina remitía en su cuerpo.

Se quitó el saco, la corbata y los zapatos, y se tendió agotado en el sillón de su oficina.

Miró el reloj que marcaba las 8.07 de la mañana y calculó que tenía escasamente entre cuarenta y cincuenta minutos antes de que llegaran todos y pudieran comenzar reunión.

Este paréntesis le serviría para relejarse y pensar cuáles deberían ser sus siguientes pasos.

§§§§

Rubén Pérez Limantour González, líder del principal partido de oposición, escuchaba con detalle la narración pormenorizada que le daba Margarita Buentono, gobernadora de Hidalgo, respecto a la llamada imprevista que había recibido Arzamendi para que se presentara en Los Pinos y la forma como lo había percibido en el teléfono cuando se lo comunicó.

En realidad sus únicos apellidos eran Pérez González, pero dado que le parecían demasiado comunes, y en aras de buscar en el prestigio ajeno la falta del propio, decidió adoptar el segundo apellido de su padre, que a su vez presumía ser descendiente, por vía materna, de José Yves Limantour, quien fuera el secretario de Hacienda de Porfirio Díaz. Aunque más allá de su dicho, no quedaba claro si en verdad, ese ilustre personaje y su abuela paterna se habían columpiado en el mismo árbol genealógico.

—Pero dímelo más despacio, Margarita —preguntó con curiosidad Pérez Limantour al advertir que había más miga que sacar de los comentarios de la gobernadora.

—Lo que te cuento, que Arzamendi recibió una llamada del jefe de Estado mayor para que, por instrucciones del presidente, se presentará de inmediato en Los Pinos. Incluso me dijo, cuando le ofrecí que usara el helicóptero del gobierno del Estado, que ya le habían enviado uno para recogerlo. Pero, lo que yo percibí es que estaba muy preocupado y casi abatido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque su voz me pareció apagada. Tú lo conoces. Por lo regular es un tipo alegre y dicharachero. De hecho, así estuvo en la cena que tuvimos ayer en la Casa de Gobierno. Pero hoy en la mañana estaba muy distinto.

—¿Le preguntaste algo más cuando te dijo que lo habían citado en Los Pinos?

—Claro que no, porque sé que no me iba a decir nada. Sólo le tiré el rollo de que en estos momentos él era muy importante para el presidente y para el país. Pero no noté ninguna reacción. Apenas me dio las gracias.

—¿Comentó algo sobre mí durante la visita?

—No hubo oportunidad porque no se nos separó el secretario de Comunicaciones. Aunque, cuando éste se levantó de la mesa para ir al baño, me mencionó con vaguedad que te había visto.

—Pero ¿cómo ves tú las cosas? —preguntó Margarita para librarse de su calidad de interrogada y asumir la posición contraria.

—Mmmm hay algo raro —respondió Pérez Limantour—. No me gusta, y aunque no es inusual que al secretario de Gobernación se le convoque a Los Pinos de manera urgente, me deja pensando el hecho de que lo hayas notado tan abatido.

—¿Crees que el viejo se enteró de algo? —dijo ella, enfatizando en tono despectivo la palabra viejo.

—Te confieso que no le sé Margarita. Pero, sí conozco, porque él se sinceró conmigo, que sus relaciones estaban muy tensas desde que

al viejo se le ocurrió dar el golpe de timón. Parece que no le informó nada a Arzamendi hasta el mero final.

—Pero si el viejo tiene fama de ser muy abierto a que le digan todo, aunque no sea lo que él piense.

—En apariencia no fue un tema de argumentos sino de actitudes lo que los distanció, porque el viejo sintió que Arzamendi quería zafarse de los golpes para no comprometer su carrera. Y no podemos negar que esta percepción se confirmó cuando aceptó la propuesta que le hicimos para que el debate de las iniciativas se dejara para un período extraordinario y no se ventilará hasta el año que entra.

—Pero Rubén, tú me dijiste que esto se había hecho después de que él convenciera al presidente.

—Así ocurrió. Pero no fue un proceso fácil. De hecho el viejo lo aceptó a regañadientes y porque los tiempos ya no alcanzaban. Por eso pensé que Arzamendi se estaba exponiendo a ser despedido. Lo que quizá ocurra hoy, sobre todo con base en cómo percibiste su estado ánimo.

—¿Y quién crees que lo sustituya? —preguntó Margarita.

—Yo creo que le toca a Ledesma. Necesita a alguien que conozca cómo manejarse en la Cámara y en especial con los partidos. Más ahora que se decidió realizar un período extraordinario, aunado al hecho de que el madrero de renuncias ha creado virtualmente una masa de legisladores independientes que no siguen a nadie y que será necesario meter al redil aunque no se integren a ningún partido.

—¿Y con Ledesma vamos a lograr lo que ya habíamos avanzado?— preguntó ella con un dejo de frustración.

—En lo político creo que será más fácil porque Ledesma siente menos ataduras con el presidente. Pero el poder es un transformador de personas muy potente y con frecuencia produce resultados inesperados. Más si se ve cerca la silla presidencial.

—Pero más allá de esto, la salida de Arzamendi nos podría obligar a replantear todo desde un principio. Va estar cabrón — comentó Margarita contrariada.

— Eso mejor que esto lo platiquemos en otra ocasión cuando nos veamos en persona. Por lo pronto no adelantemos vísperas, esperemos a ver qué pasa.

Esto avergonzó a Margarita al advertir su imprudencia. Más aún, porque en forma explícita habían acordado no hablar del tema sino fuera en persona.

—Claro Rubén, ya tendremos tiempo de platicar largo y tendido —dijo riéndose con nerviosismo.

—Por lo pronto le voy a llamar a Axkaná Guzmán; ya inventaré algo para ver que le saco. Tan pronto sepa alguna cosa, me comunico contigo.

§§§§

Recostado en el sofá con las piernas en alto puestas sobre el descansa brazos y las manos juntas detrás de la cabeza, Axkaná empezó por definir una especie de agenda para la reunión.

No le cabía duda que lo primero debería ser comunicarles la noticia, aunque no tenía claro con qué grado de detalle habría que hacerlo o si sería conveniente compartir con ellos las preocupaciones que tenía al respecto. Concluyó que lo mejor sería darles sólo la información mínimo necesaria.

Más adelante debería ofrecerles una disculpa por haberlos convocado a nombre del presidente de la República, lo que justificaría con base en la gravedad de las circunstancias. Pensó que esto no debería representar mayor problema y que rápidamente abordarían el tema principal: la sucesión presidencial.

Esto será el asunto complicado —pensó— porque las circunstancias del fallecimiento del presidente creaban una situación inesperada que no tenía antecedentes en la historia reciente del país, pero que debía resolverse con base en un Artículo Constitucional obsoleto y con serias deficiencias. Esto lo llevó a recordar lo que alguna vez le dijo el presidente, cuando abordaron la forma como estaba prevista la sucesión presidencial en la Constitución.

—Pese a que conocemos los problemas que contiene el 84 Constitucional, no lo hemos podido revisar porque nuestros prejuicios no nos han permitido hacerlo. Pesa sobre nosotros el recuerdo de asonadas, que aun ya muy lejanas, nos siguen haciendo pensar que el germen de la traición que las alentó sigue latente entre nosotros. Entre el temor de volver al pasado y el riesgo de mirar hacia adelante, hemos preferido lo primero. Esto hará inevitable que algún día, lo que no hemos sabido prever terminará siendo nuestro destino.

—Pues señor presidente, nos alcanzó el destino —dijo Axkaná en voz alta mientras se levantaba del sofá y se daba a la tarea de estirar las piernas caminando de extremo a extremo de su oficina.

Miró el reloj que marcaba las 8.50 y calculó que todavía le quedaban diez o quince minutos antes de que llamara Guajardo.

Le faltaba el tercer y último punto de esa imaginaria agenda que con seguridad sería el más complicado.

—¿Qué vamos a hacer? —se preguntaba.

Él era consciente de que no tenía respuesta y menos aún podía imaginar cómo reaccionaría el grupo ante una situación ambigua y compleja como planteaban las circunstancias particulares del fallecimiento del presidente.

Pensó que había llegado la hora de poner a prueba al famoso gabinete leal. Incluso se cuestionaba, si les debía informar que, sin que ellos lo supieran y jamás se hubieran reunido, así los

denominaba en privado el presidente, por la confianza que tenía en su lealtad. Distinción que debían valorar a la luz del ambiente político tan hostil donde él se desenvolvía.

Lo primero que le vino a la mente es que se sentirían halagados, por lo que mencionarlo podría servir para crear cierto espíritu de unidad, una especie de *esprit de corps* que facilitará la suma de talentos y perspectivas para alcanzar el mejor resultado. De hecho, ésta era la apuesta que él había hecho al juntarlos, para decidir entre todos los siguientes pasos, a efectos de estar preparados para aguantar la hecatombe, una vez que la noticia inundara la realidad nacional y se destaparan las presiones de todos lados.

Pero Axkaná no era ingenuo. Sabía que esta opción minimizaba los riesgos pero no los eliminaba. Porque sus grandes dudas estaban alrededor de cuál sería la reacción personal de cada uno. Más aún, porque el líder que podría amalgamar las fuerzas y resolver los diferendos ya no estaba, y, sobre todo, porque su silla al estar vacía se convertía de inmediato en una meta asequible para algunos de ellos, por lo que no podía asegurar que fuera su talento y no su egoísmo, lo que influyera en sus opiniones y en las decisiones que deberían tomar.

Cuando más sumido estaba en sus pensamientos, el silencio de su oficina lo rompió el inconfundible campanario estridente que en su celular tenía asignado a los números importantes. Pero no se inmutó, porque ya lo esperaba y sabía de antemano lo que iba a oír.

—Ya están todos. Sólo falta Ledesma que está en una de la salas de espera de la oficinas del presidente —dijo Guajardo.

—Está bien voy a la biblioteca. No des la instrucción de pasar a Ledesma hasta que yo esté ahí. No quiero dar pie a malas interpretaciones, ni que el use después algo que puede ser tan fortuito como la coincidencia de entrar al mismo tiempo que yo. Ya lo

conoces es una maestro en acomodar las cosas a su favor, incluso hasta las más triviales.

—De acuerdo —contesto Guajardo—, pero antes de empezar la reunión es importante que revisemos la agenda para tomar acciones preventivas y evitar que llegue gente que más tarde debemos regresar sin tener claro lo que les diríamos. Considero que es preferible que no venga nadie.

—Si tienes razón, pero debemos ser cautelosos respecto a cuándo y cómo avisar. No me gustaría hacerlo ahora. Por lo que recuerdo, a reserva de confirmarlo, está previsto un acuerdo largo conmigo, después vendrán varios embajadores y un par de directores de transnacionales, lo que significa que también estarán aquí los secretarios de Relaciones y de Economía. Déjame ir pensando cómo manejar esto. ¿Alguna noticia de la señora Sofía?

—Justo acaba de abandonar la recámara. Antes pidió una bolsa y al salir solicitó que se te avisará que estará en su casa y que necesita hablar contigo. Por mi parte la habitación sigue resguardada.

—Tan pronto pueda la llamó. No lo intentó ahora porque imagino que va de camino. Espérame en el vestíbulo para comentar lo que vamos a hacer con la agenda.

Axkaná sacó lo que había traído en el portafolio del presidente, marcó los seis dígitos de la combinación de la caja fuerte y puso dentro la computadora, los documentos, el *USB* y el celular. Apretó la tecla “cerrar” y oyó como el mecanismo electro mecánico bloqueaba la puerta.

Pasó al baño de su oficina, se peinó, le puso las mancuernillas a su camisa y permaneció por un momento mirándose en el espejo con los brazos cruzados.

Se veía la cara con la incredulidad de estar viviendo un episodio inesperado y casi inédito en la vida del México independiente. Después de Benito Juárez en 1872, éste era apenas el segundo

presidente que había muerto en funciones de causas naturales. Uno en Palacio Nacional, el otro en Los Pinos.

—Quizá la lejanía en el tiempo de esa muerte, nos hizo pensar que los presidentes de la modernidad serían invulnerables —pensó Axkaná, mientras en el espejo veía su cara gesticular con las cejas en señal de interrogación.

Regresó a su oficina se puso el saco y la corbata, y casi a punto de salir, oyó el timbre de un celular que venía de su escritorio. Esto lo tomó por completo desprevenido porque ya había hecho el gesto rutinario de palparse el bolsillo derecho para comprobar que llevaba el suyo y tenía la seguridad de que ahí se encontraba, en tanto que estaba cierto de que había guardado en la caja fuerte el celular del presidente.

Incómodo por el contratiempo y por el repiqueteo incesante del aparato, aguzaba el oído para saber de dónde provenía. Revisaba con la mirada entre los papeles, documentos, accesorios y adornos que abarrotaban su escritorio, hasta que se percató que el sonido provenía del viejo portafolio del presidente.

Lo abrió y sacó de un compartimento que no había visto, un celular idéntico al que había puesto a resguardo. Miró la pantalla que identificaba las llamadas pero en lugar de un número aparecía la palabra “privado”. Pensó por un momento en apretar la tecla para contestar y oír al menos la voz de quién llamaba, pero prefirió abstenerse. No era momento para juegos. Prefirió dejar que sonara hasta que calló. Tampoco juzgó oportuno ponerlo en la caja fuerte, porque ya había perdido demasiado tiempo.

Ajustó el aparato al modo de vibrar para seguir pendiente de él sin que interrumpiera nada, lo metió en su funda, se lo echó en la bolsa del pantalón y salió apresurado hacia la biblioteca, sobre todo cuando se percató que su reloj ya marcaba las 9.15, lo que en el itinerario que mentalmente tenía previsto representaba un atraso.

Apenas abrió la puerta de su oficina, su asistente le entregó una pequeña tarjeta. Se detuvo para leerla:

“El licenciado Pérez Limantour lo ha llamado dos veces. Dice que es urgente y que desea pasar a verlo esta tarde. Le dije que usted no se encontraba en su oficina y que tan pronto llegara le pasaría el recado”.

—Bien hecho, siga haciendo lo mismo en caso de que vuelva a llamar.

Notas

1. El autor utilizó como material de referencia sobre el Artículo 84 de la Constitución el siguiente trabajo:

Valadés Diego, La sustitución presidencial en México y en derecho comparado, Documento de trabajo no. 48. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas. Enero 2004.

2. *La inoportuna muerte del presidente* apareció en marzo de 2011. Más adelante, el 9 de agosto de 2012 se publicó en el Diario Oficial de la Federación la reforma del Artículo 84 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

La última reforma a este Artículo había sido en 1933, es decir 79 años antes.

La reforma de 2012 sirvió para actualizar dicho artículo a las circunstancias actuales y para resolver un asunto delicado para México, como era la posibilidad de que, en caso de la ausencia definitiva del presidente en funciones, el Poder Ejecutivo quedara acéfalo durante el lapso que al Congreso le tomara la designación de un nuevo responsable.

Por lo que ahora, si dicho supuesto sucediese, el secretario de Gobernación, asumiría de manera provisional la jefatura del Poder Ejecutivo.

Sin embargo, lo que no se modificó, y que es precisamente el punto toral de la trama de *La inoportuna muerte del presidente*, es el relativo a cuándo le corresponde al pueblo elegir de manera directa al nuevo presidente o si esta potestad la asume el Congreso, como se explica a continuación:

- a) Si la ausencia definitiva del mandatario ocurriese durante los dos primeros años del sexenio, el Congreso nombrará, por mayoría y mediante voto secreto, a un presidente interino y convocará en diez días a elecciones para que, por voto popular, se elija a un nuevo presidente que gobernará el resto del período.
- b) Si la ausencia definitiva del mandatario ocurriese durante los últimos cuatro años del sexenio, el Congreso nombrará, por mayoría y mediante voto secreto, a un presidente sustituto que gobernará el resto del período.

Es la opinión del autor que lo más sano y democrático para México, hubiera sido que la primera posibilidad fuera aplicable a los primeros cuatro años del sexenio y la segunda, sólo a los últimos dos.

Cuatro años son muchos para dejarle a un congreso, léase las cúpulas de los partidos, la designación de un presidente.

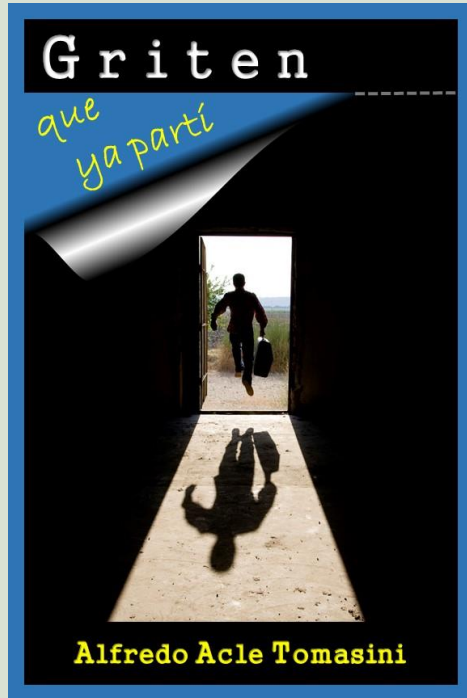
Sobre el autor

Alfredo Acle Tomasini compaginó hasta 2009 sus actividades profesionales en el ámbito de la consultoría y administración, con su carrera como escritor, editorialista y analista político.

A partir de ese año decidió dedicarse de lleno a la narrativa, publicando en 2011 su primera novela *La inoportuna muerte del presidente*, cuyo punto de partida es el repentino fallecimiento del presidente de México que, al hacerlo ocurrir en una fecha especial, le sirve al autor como piedra de toque para crear una original trama de suspenso que apenas dura un lapso de seis horas y que concluye cuando por fin se hace pública la noticia del fallecimiento.

En su segunda novela publicada en 2014 *Griten que ya partí*, Alfredo Acle Tomasini nos recrea con otra trama de suspenso, pero ahora hace evidente que su vida profesional no sólo le ha permitido conocer los entresijos del poder político y económico, sino también ejercer como un observador de los comportamientos humanos que éste provoca en quienes lo ostentan, lo buscan, o sólo disfrutan de su proximidad.

Griten que ya partí



“Griten que ya partí” es una novela que amalgama tres narraciones traslapadas mediante una trama de intriga y suspenso, que además confronta al lector con hechos, no inusuales en nuestra época, que expresan la deshumanización de la sociedad, donde en cualquier tipo de relación, incluso entre padres e hijos, el interés material puede prevalecer sobre valores tan básicos como la compasión, o sobre derechos tan elementales como el de morir con dignidad y sin sufrimiento.

Sebastián, desahuciado e inconsciente (en apariencia), sobrevive en la Unidad de Terapia Intensiva, porque sus hijos aprovechando un resquicio legal, decidieron ignorar su voluntad de no prolongarle la vida por medios artificiales, pese a las reiteradas súplicas de Magda, su pareja.

Magda, su compañera por más de veinte años, vive en una dualidad dolorosa; desea que él muera para que termine su agonía, pero a la vez, sabe que esto significará la pérdida definitiva del ser que ama. Se recrimina por haber llamado a los hijos de él cuando cayó enfermo y se culpabiliza por el alargue de su sufrimiento. En vano, busca el motivo que explique porque actúan de esa forma, hasta que ellos se lo revelan de una manera brutal, poniéndola en un punto que pone a prueba sus valores y sentimientos más íntimos.

En su inevitable vigilia, Magda descubre, o quizá imagina, que leyéndole a Sebastián una novela política basada en un hecho real ocurrido años atrás y que ambos vivieron de manera cercana, ella logra conectarse con él.

De esta manera, las páginas que le narra en voz alta se incorporan a la novela en forma de un thriller político que describe cómo se resolvió la sucesión presidencial después del fallecimiento del primer mandatario —en apariencia por causas naturales—, y cómo el autor intelectual de esta muerte, que además tiene una orden de captura de la Interpol por fraude y lavado de dinero, busca, con la ayuda del recién nombrado presidente Interino, escapar del país, dilatar la acción de la justicia y borrar las huellas de su crimen.

Aun inconsciente para los demás, Sebastián es capaz de escuchar y reflexionar sobre lo que oye. Esto se convierte en un monólogo que aúna lo que ocurre entre sus hijos y Magda, con la novela que ésta le lee, misma que enriquece con sus recuerdos y opiniones, o de plano corrige. A esto, sabedor de su irremediable final, agrega el análisis postrero de situaciones que marcaron su vida y sus comentarios ácidos y sarcásticos sobre una muerte a la que no puede llegar.

“Griten que ya partí” es una obra que además expone las relaciones perversas del poder político con el económico, describe con crudeza como las situaciones extremas evidencian los verdaderos valores de quienes las viven. Ni el traidor puede esconderse, ni el leal eludir la prueba. Tampoco cuenta el pasado y menos los lazos sanguíneos. Ante el peso de las circunstancias, ya no hay manera de ocultar lo que cada quién es en verdad.

*Griten que ya partí D.R. © 2014 Alfredo Acle Tomasini



A partir de septiembre estará a la venta en sus versiones material y electrónica en Amazon.com